Karl Marx
Friedrich Engels

Manifiesto Comunista

Introducción y traducción de Pedro Ribas



Título original: *Manifest der Kommunistischen Partei* (1848)

Primera edición: 2001
Segunda edición: 2011
Octava reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5500-0
Depósito legal: B. 30.916-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Introducción

A diferencia del «Libro de los Libros» (y a diferencia también de otras obras de Marx, más científicas o más enrevesadas), la lectura del *Manifiesto Comunista* no necesita intérpretes, glosadores, exégetas o sacerdotes que hagan de intermediarios entre el texto y el pueblo lector, entre los cultos autores que lo escribieron y las gentes a quienes va dirigido el mensaje[1].

¿Quién escribió el *Manifiesto?*

El *Manifiesto* siempre se ha editado como obra de los dos revolucionarios alemanes Marx y Engels, pero sabemos que fue Marx el autor del texto. En 1847, la Liga de los Comunistas encargó a ambos la redacción del texto, según escribe Engels en el prefacio a la edición inglesa

1. Francisco Fernández Buey: *Marx (sin ismos),* Barcelona, El Viejo Topo, 1998, p. 147.

de 1888. Pero por la carta que se conserva de la Liga, enviada a Marx el 25 de enero de 1848, sabemos que era éste el encargado de redactar el texto.

Dice así la carta:

> Londres, 25 de enero de 1848
>
> El Comité Central al Comité local de Bruselas.
>
> Resolución del 24 de enero de 1848.
>
> Por la presente, el Comité Central encarga al Comité local de Bruselas que indique al hermano Marx que si el Manifiesto del Partido Comunista, cuya redacción asumió en el *último* congreso, no ha llegado a Londres el martes, 1 de febrero del año en curso, se tomarán otras medidas contra él. En el caso de que el hermano Marx no redacte el Manifiesto, el Comité Central exige la devolución inmediata de los documentos que el congreso le facilitó.
>
> En nombre y por encargo del Comité Central, firmado: Schapper, Bauer, Moll[2].

Gracias a esta misma carta sabemos también que el título no es invención ni de Marx ni de Engels, sino que viene expresamente indicado por la Liga. En la historia ya larga desde su aparición, el texto ha circulado mucho más con el título de *Manifiesto Comunista* –o simplemente *Manifiesto*–, que con el de *Manifiesto del Partido Comunista,* lo que se debe sin duda a la popularidad que llegó a adquirir.

Tras lo dicho, no sería correcto concluir que debería borrarse el nombre de Engels como coautor del *Manifiesto.*

2. Traduzco el texto alemán que tomo de Thomas Kuczinski: *Das Kommunistische Manifest. Von der Erstausgabe zur Leseausgabe,* Trier, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, 1995, pp. 35-36. La carta se encuentra también en Riasánov: *Marx y Engels,* Madrid, Comunicación, 1975, p. 97.

No lo sería porque hay varios escritos de Engels, como los *Principios del comunismo* (1847), en los que éste anticipa las líneas básicas por las que discurre el *Manifiesto* escrito por Marx. Por otro lado, Marx y Engels colaboran en esa época en varios escritos[3] que aparecen con la firma de los dos, como ocurre con *La ideología alemana* (1845-1846), una obra que quedó inédita (abandonada a la «crítica roedora de los ratones», como ellos mismos dijeron) hasta que la publicó el ucraniano Riasánov en Moscú, en 1926.

¿Qué era la Liga?

En los años 40 del siglo XIX, a los que aquí me refiero, Alemania no era un país unificado, sino una confederación de pequeños estados, la mayoría de carácter absolutista. La unificación no se produciría hasta 1870, bajo el gobierno de Bismarck.

La Liga de los Justos (Bund der Gerechten) era una organización de artesanos emigrados alemanes, uno de tantos movimientos democráticos de protesta contra el absolutismo y la degradación social producida por el capitalismo en auge. Los artesanos constituyen uno de los grupos directamente afectados por la introducción de maquinaria en la producción. La industria utiliza, cada vez a mayor escala, artilugios mecánicos que desplazan a

3. En realidad, la estrecha colaboración entre ambos duró toda su vida, hasta el punto de que Engels publicó numerosos artículos con la firma de Marx, con el fin de que éste cobrara como autor. Hoy sabemos que algunas obras que habían sido publicadas con la firma de Marx se deben a la pluma de Engels.

los obreros especializados, los artesanos, quienes aprendían antes su trabajo a lo largo de muchos años de formación, pasando los distintos grados que culminaban con el título de maestro de un oficio: sastre, tonelero, tipógrafo, etc. Las máquinas modernas ya no necesitan a los artesanos, sino que pueden ser movidas por mujeres y niños sin apenas formación, lo que permite a la industria pagarles salarios miserables.

Los artesanos alemanes emigrados en ciudades como París o Londres son numerosos y políticamente activos. La Liga de los Justos tenía ya diez años de experiencia cuando Marx y Engels comienzan, en 1846, a organizar comités de correspondencia. Algunos investigadores de la obra de Marx, como Riasánov, consideran de gran importancia esta labor organizativa, que mostraba la cara activa del teórico Marx [4]. Lo cierto es que la Liga poseía sus núcleos principales en París, que llevó la dirección hasta 1846, Londres y Ginebra. En Londres, la Liga había entrado en contacto con las *trade unions* inglesas y con el cartismo, el partido de los obreros británicos. Aunque la Liga había nacido como organización secreta, su condición de legal, a la vez que sus contactos con obreros de distintos países, la convirtieron en una organización de carácter abierto, con proyección internacional.

Cuando Marx y Engels entran en la Liga, en 1847, ésta había evolucionado hacia posiciones moderadas. Sus miembros se proclamaban comunistas, pero en general rechazaban la revolución no preparada concienzudamente, esto es, rechazaban el llamado blanquismo.

4. Véase Riasánov: *Marx-Engels,* ob. cit., pp. 89 y ss.

La discusión de Marx con el utopista alemán Weitling ofrece toda una muestra del tipo de revolución que propugna Marx. Weitling, sastre que había obtenido ya gran popularidad entre los obreros alemanes, apoyaba la revolución contra la burguesía con una fundamentación de carácter religioso, con el entusiasmo justiciero impregnado de sentido evangélico y fraternal. En su despiadado enfrentamiento con él, Marx pone de manifiesto que la revolución no es cosa de ingenuo entusiasmo o de valientes justicieros dispuestos a coger las armas para acabar de inmediato con la explotación, sino que requiere un análisis riguroso de la sociedad, de sus resortes económicos y políticos y, sobre todo, de una planificación de la acción revolucionaria adecuada a lo que revela dicho análisis. En una palabra, Marx exigía el ejercicio de la teoría para que la práctica fuese acertada, para que no fuese mera realización de proyectos utópicos.

Schapper, uno de los dirigentes de la Liga, ya había proclamado su desacuerdo con Weitling antes de la entrada de Marx y Engels y había declarado la necesidad de que el comunismo se basara en el conocimiento, más que en el sentimiento. Esta perspectiva teórica es la que llevó a los dirigentes de la Liga a simpatizar con Marx y Engels y a que éstos, por su parte, encontraran un terreno abonado para su planteamiento del comunismo.

El caso es que en 1846 Marx y Engels, desde Bruselas, proponen al dirigente cartista Harney crear un comité de correspondencia en Londres. Harney contesta que le parece bien la iniciativa, pero que debe consultar a los dirigentes de la Liga. Tras algunas idas y venidas en estas consultas, los responsables de la Liga comprueban que,

en definitiva, están de acuerdo con Marx y Engels en rechazar el comunismo conspirativo y aceptan la idea de crear en Londres el comité de correspondencia. Marx y Engels se proponían establecer una red de estos comités de correspondencia en distintas ciudades europeas, pero no parece que tuvieran mucho éxito en esta iniciativa. Lo cierto es que la Liga decidió enviar a Bruselas, como delegado propio, a Joseph Moll, con el fin de hablar con los del comité de correspondencia de la capital belga, especialmente con Marx, y con los del comité de correspondencia de París, especialmente con Engels. El viaje de Moll tuvo lugar a comienzos de 1847.

Este contacto de Moll fue decisivo para el arranque del texto del que estamos hablando. El encargo a Marx del *Manifiesto* fue resultado de este contacto. Sin duda, las conversaciones sirvieron para poner fin a una serie de rivalidades y desconfianzas que habían surgido inicialmente y para comprobar los puntos comunes. A partir de ahí, la Liga, que ya había celebrado un congreso en Londres, en junio de 1847, en el que se proyectaron estatutos y programa y al que asistió Engels, celebró otro congreso en noviembre-diciembre de 1847, en el que deja de llamarse Liga de los Justos para llamarse Liga de los Comunistas (Bund der Kommunisten). A este segundo congreso, que duró diez días de intenso debate, asistió Marx, que tuvo así ocasión de exponer ante los reunidos los puntos principales de la teoría a la que tanto él como Engels habían llegado.

Conviene recordar, para no caer en la exagerada sacralización de Marx, tan a menudo practicada en la abundante bibliografía sobre él, que los estatutos

aprobados en este segundo congreso señalaban ya ideas que son puntos básicos del *Manifiesto*. Dice el primer artículo de esos estatutos:

> El objetivo de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la dominación del proletariado, la liquidación de la vieja sociedad burguesa, basada en el antagonismo de clases, y la fundación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada[5].

Era, pues, lógico que el *Manifiesto* apareciera como *Manifiesto Comunista,* si se tiene en cuenta que la asociación que pide el texto se llamaba Liga de los Comunistas. Aunque la historiografía más ligada al culto a Marx ha tendido a presentar las cosas como si los miembros de la Liga en Londres hubiesen caído fascinados por las ideas de éste, debería recordarse que los de Londres eran miembros curtidos en su labor organizativa y que Marx y Engels, en cambio, eran jóvenes que tenían que probar lo que valían, aunque fuesen ya conocidos, sobre todo, en círculos reducidos como el de la misma Liga por sus escritos y su actividad en París y Bruselas. Engels había publicado una buena cantidad de artículos, algunos tan importantes como «Esbozos de una crítica de la economía política» (1844), escrito que Marx elogió y que contiene anticipaciones de lo que éste desarrollará por extenso en sus estudios económicos. Y sobre todo, Engels había publicado su importante obra

5. MEW [Marx/Engels. *Werke,* Berlín, Dietz, 39 tomos, más 2 complementarios y 2 de índices]. En adelante MWE. 4, p. 596.

La situación de la clase obrera en Inglaterra (1844-1845), además de colaborar con Marx en *La sagrada familia* (1844). Por su parte, Marx había publicado artículos en periódicos y revistas y, muy especialmente, *Miseria de la filosofía* (1847), libro polémico en respuesta a las teorías de Proudhon, escrito en francés para batir al autor galo en su propio terreno.

En cuanto a la cuestión del partido, ha sido muy frecuente considerar a la Liga como el precedente de un partido comunista del tipo concebido por Lenin. Desde que Riasánov, el gran erudito ucraniano y gran escudriñador de la obra de Marx, relacionó la Liga con el partido político ideado por Lenin en los tiempos de la revista *Iskra,* toda una pléyade de historiadores tomaron efectivamente la Liga de los Comunistas como una especie de embrión de los distintos partidos comunistas formados en torno a 1920. Pero es dudoso que la manera en que Marx se refiere al partido en el *Manifiesto* sea la misma que pensó Lenin.

Cuando Marx habla del partido comunista en el *Manifiesto* y en la etapa de la revolución de 1848, probablemente se refiere al proletariado organizando su resistencia y su lucha frente a la burguesía, pero sin apuntar a una determinada doctrina o teoría política. Lo que sí tienen muy claro Marx y Engels es la necesidad de que el proletariado se organice de forma independiente de los partidos burgueses.

Fernando Claudín, en su libro *Marx, Engels y la revolución de 1848,* señala que la labor de Marx y Engels fue más educativa que organizativa. Marx inició su aproximación a los problemas sociales en su trabajo como redactor de la *Gaceta Renana (Rheinische Zeitung)*. En la

revolución de 1848, su labor, como la de Engels, se centró igualmente en sus análisis en la *Nueva Gaceta Renana (Neue Rheinische Zeitumg)*. La actividad de ambos fue, pues, de carácter teórico, de esclarecimiento y crítica de la situación política europea, de la actuación del proletariado, de los manejos e intrigas de los elementos feudales subsistentes y del pacto de la burguesía con ellos. Refiriéndose a la diferencia entre Marx y Lenin respecto del partido, escribe Claudín:

> Al considerar la Liga como «partido comunista» no hay que perder de vista toda la ambigüedad que el término «partido» tiene en esa época. Lo mismo designa una organización estructurada de modo estricto, como la Liga, que un conjunto poco conexo de elementos con más o menos afinidades ideológico-políticas, como eran los partidos mencionados en el *Manifiesto,* que la tendencia representada por una publicación (el partido de *La Réforme,* por ejemplo), que los seguidores de una personalidad (el partido de Marx, se empezará a decir durante la revolución), que una clase o fracción de clase, tomada en su comportamiento frente a las otras, etc. Marx y Engels hacen este uso ambiguo del término igual que los demás escritores de su tiempo[6].

Lo cierto es que ni Marx ni Engels ofrecieron nunca un análisis detallado de su concepción del partido. Pero, en cambio, todo el texto del *Manifiesto* es una muestra clara de que entre proletariado y burguesía no debe ha-

6. Fernando Claudín: *Marx, Engels y la revolución de 1848,* Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 71.

ber componendas a largo plazo, aunque pueda haber alianzas tácticas para conseguir objetivos que interesan a ambas clases momentáneamente, como era entonces, por ejemplo, derrocar el absolutismo. La burguesía es la clase explotadora, y lo es a través del salario que se paga al obrero en el modo de producción capitalista. La lucha de clases es una de las ideas que queda plasmada en el *Manifiesto* y que será en el futuro uno de los elementos básicos del movimiento obrero. También el concepto de democracia queda recogido como uno de los ingredientes revolucionarios de este movimiento. Marx y Engels pensaban, en el momento de escribir el *Manifiesto,* que la dominación burguesa era incompatible con la democracia, por lo que la revolución proletaria no significaba sólo la conquista de los resortes económicos de la sociedad, sino la instauración de la democracia en sentido pleno, no restringida al voto de una fracción de los ciudadanos (de las ciudadanas, por supuesto, no contaba ninguna entonces), fracción con la que gobernaba en esa época incluso el país más avanzado, Inglaterra. Escribe Engels en *Deutsche-Brüsseler Zeitung* el 7 de octubre de 1847:

> Los comunistas, lejos de iniciar con los demócratas inútiles discusiones, se presentan ahora, muy al contrario, como demócratas. En todos los países civilizados la democracia tiene como consecuencia necesaria la dominación política del proletariado, y esta dominación es la primera condición de cualquier medida comunista[7].

7. «Los comunistas y Karl Heinzen», segundo artículo. MEW, 4, p. 317.

Conviene leer también el encendido escrito, redactado de puño y letra por Marx y dirigido a los suizos, en el que pide a éstos que defiendan sus instituciones frente al intento de destruirlo por parte de «una banda de reyes, banqueros, ministros, mercenarios, monopolistas y sectarios»[8].

El *Manifiesto* en España

La difusión del *Manifiesto* en España es bastante tardía. La primera traducción aparece en el semanario internacionalista de Madrid *La Emancipación* en 1872. Es decir, tuvieron que pasar casi 25 años desde la aparición de la edición alemana original hasta su versión al español. Conviene señalar, de todos modos, que la difusión del *Manifiesto* en los años de su publicación fue muy escasa. Al fracasar la revolución de 1848 e instaurarse gobiernos absolutistas o bonapartistas, la circulación del texto de Marx se hizo muy difícil.

El autor de la versión española fue José Mesa, tipógrafo malagueño, director del semanario *La Emancipación,* amigo de Marx y Engels, con los que mantuvo correspondencia, y uno de los primeros marxistas españoles eminentes aunque haya recibido muy poca atención.

En carta del 25 de octubre de 1872, Mesa pide a Engels el texto francés del *Manifiesto* con estas palabras:

> Yo, al conocer muy poco el alemán, no puedo sacar provecho del Manifiesto comunista, que no está completo en la traducción francesa. Ahora bien, sería muy bueno darlo en

8. MEW, 4, p. 594.

> el periódico en forma de folleto (...). Para ello me sería preciso que se tomara usted la molestia de traducirme al francés lo que falta, enviándome *a vuelta de correo* la traducción del prólogo, a fin de poder publicarlo la próxima semana[9].

Engels envió efectivamente el texto francés, pues con el prólogo del *Manifiesto* (el de la edición alemana de 1872) inicia el semanario madrileño su publicación el 2 de noviembre de 1872. Mesa escribe a Engels el 5 de noviembre de 1872: «No olvide enviarme el Manifiesto Comunista corregido» [10].

Es verdad que estas correcciones llegan a veces tarde como lo atestigua la carta de Mesa a Engels del 12 de noviembre del mismo año, en la que leemos: «Acabo de recibir su carta con las correcciones del Manifiesto. Una parte de esas correcciones llega ya un poco tarde. Se lo ruego, envíeme el resto lo antes posible»[11]. El 1 de diciembre, Mesa comunica a Engels que ha recibido «el final del Manifiesto».

Cuando Mesa habla de correcciones, se refiere sin duda a correcciones del texto francés, no del texto español, idioma que Engels dominaba. Supongo que es así debido a que esto es lo que le pedía Engels, pero, sobre todo, debido a las fechas en las que aparece el *Manifiesto,* que comienza a ser publicado el 2 de noviembre. No es pensable que Mesa tuviese tiempo, entre el 25 de octubre y el 2 de

9. Friedrich Engels, José Mesa, Pablo Iglesias, Paul Lafargue y otros: *Construyendo el futuro,* Madrid, Trotta/Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998, pp. 186-187. Edición de Santiago Castillo.
10. Mesa a Engels, ob. cit., p. 189.
11. Mesa a Engels, ob. cit., p. 189.

noviembre, de recibir el texto francés enviado por Engels desde Londres, traducirlo al español, enviárselo a Engels para que lo revisara y recibirlo de nuevo Mesa para publicarlo en *La Emancipación,* donde apareció los días 2, 9, 16, 23 y 30 de noviembre y el 7 de diciembre.

La traducción abarca los cuatro capítulos del *Manifiesto,* pero omite en el capítulo tres el apartado «El socialismo alemán o socialismo "verdadero"». Sólo incluye el prólogo a la edición alemana de 1872 porque es el único que había aparecido hasta entonces. El texto traducido es el de la edición francesa aparecida en *Le Socialiste,* en Nueva York, en 1872. Pero Engels envía a Mesa un texto corregido, sirviéndose del manuscrito de una traducción francesa que Sorge había traído a Londres con ocasión del Congreso de La Haya. Según Andréas, de quien tomo este dato, los capítulos III y IV están traducidos del texto de la edición alemana de 1872[12].

Por lo que se refiere a las características de la traducción, se nota que Mesa tuvo que trabajar apresuradamente y sin tiempo para revisar cuidadosamente el texto. Comparado con el original alemán, faltan a veces palabras y frases enteras. Pero esta traducción fue la primera que circuló en España y fue la que manejaron los internacionalistas españoles del siglo XIX, muchos de los cuales no debieron leer de Marx apenas más textos que éste.

Esta versión de Mesa apareció después, también por entregas, en el semanario del PSOE *El Socialista,* en el año de su creación, 1886, lo que refuerza el papel desempeñado

12. Los detalles acerca de la versión de Mesa (si tradujo alguna parte del alemán o sólo del francés) están por estudiar.

por la traducción de Mesa. Los socialistas la publicaron, además, como folleto ese mismo año. En la presentación que ofrece esta última edición, la de *El Socialista,* se dice que «es el documento socialista de más importancia que hasta la fecha se ha producido» y que «puede considerarse hoy como el evangelio de todos los socialistas».

Posteriormente, hasta 1930, hay aproximadamente una edición cada cinco años. Desde 1930 se produce un salto espectacular, que corresponde a los años de la República, años en los que el ritmo de ediciones, no sólo del *Manifiesto,* sino de literatura marxista en general, se multiplica por diez. De las 48 ediciones que conozco del *Manifiesto* entre 1872 y 1939, 28 pertenecen al periodo 1930-1939. Es decir, el *Manifiesto* se edita más veces durante esos nueve años de república y guerra civil que en los 68 que transcurren entre 1872 y 1939.

Estos datos ofrecen una idea de la importancia que adquiere el marxismo como corriente cultural y orientación política en la década de 1930. Éste no es el lugar para extenderse sobre ello, pero digamos al menos que, después de la guerra civil, el *Manifiesto,* como todo lo que huela a marxismo, desaparece del mapa de España, del mapa oficial, claro está. Como saben muy bien los que han sufrido los 40 años de franquismo, el régimen era terriblemente estricto con su censura y su cacería de «rojos», sobre todo en sus primeros años. Al reinstaurarse la democracia con la Constitución de 1978, los periódicos informaban de tal señor que había tenido escondida su biblioteca durante los cuarenta años de Franco, de tal otro que donaba a una fundación del PSOE o del PCE la colección de periódicos que había tenido emparedada a cal y canto hasta entonces.

Desde 1960 comienza a publicarse tímidamente y con muchas dificultades alguna obra de Marx. A finales de esa década hay ya bastantes libros de Marx y sobre Marx a la venta. Pero, según conversación con Jesús Moya, de la editorial Ayuso, todavía en 1974, la censura ponía trabas a la publicación del *Manifiesto,* el «trasnochado *Manifiesto Comunista»,* según expresión del vicepresidente del gobierno de Franco, almirante Carrero Blanco. La censura permitía la publicación del *Manifiesto* en edición relativamente cara, por ejemplo, la de Ayuso, con introducción de Wenceslao Roces y notas de Riasánov, al precio de 250 pesetas, pero no como simple folleto al precio de 75 pesetas. Se entendía que este último precio podía hacer llegar a demasiada gente el texto de Marx, «trasnochado», sí, pero...

A escala mundial, el *Manifiesto* es sin duda el panfleto político de más éxito en la historia de la humanidad. El marxólogo Bert Andréas, quizás el más grande después del ucraniano Riasánov, escribió en 1963 un magnífico libro dedicado a la difusión del *Manifiesto* en el mundo[13]. En este libro, de asombrosa erudición, se encuentra una buena información de las ediciones del *Manifiesto,* desde la original de 1848, aparecida en Londres, hasta las traducciones a los más diversos idiomas publicadas antes de la fundación de la Tercera Internacional.

Está claro que un minucioso estudio bibliográfico de cada país descubre traducciones que Andréas no conoció, como puedo confirmar yo mismo respecto de Espa-

13. Bert Andréas: *Le Manifeste Communiste de Marx et Engels. Histoire et bibliographie 1848-1918,* Milán, Feltrinelli, 1963.

ña[14]. Pero su estudio será siempre un punto de referencia para observar una perspectiva global y apreciar respecto de cada país la que él observó a escala mundial. Por ejemplo, la proliferación de ediciones del *Manifiesto* en Rusia en los años de la revolución se corresponde con la proliferación que se observa en España en los años de efervescencia revolucionaria: entre 1935 y 1937 aparecen no menos de 15 ediciones del *Manifiesto* en nuestro país, lo que es todo un termómetro de la difusión de ideas revolucionarias en suelo español durante esos años.

El *Manifiesto* y la obra de Marx

Como queda dicho ya, el texto fue redactado por Marx, aunque la firma de Engels esté plenamente justificada también. Pero el que sea obra del primero no quiere decir que éste haya volcado en el *Manifiesto* todos los elementos de su teoría económica y de su pensamiento político. No hay que olvidar que Marx tiene 30 años cuando escribe el *Manifiesto*. Éste es, pues, un escrito de juventud. Algunas ideas básicas de *El capital* como el «plusvalor» o la «fuerza de trabajo» no están en el *Manifiesto*. Marx no había llegado a desarrollarlas todavía. Será en la década siguiente, ya en Inglaterra, cuando llegue a elaborar herramientas teóricas como las dos mencionadas,

14. Véase sobre la introducción y difusión del marxismo en España: Pedro Ribas: *La introducción del marxismo en España 1869-1939. Ensayo bibliográfico,* Madrid, Ediciones de la Torre, 1981; Pedro Ribas (ed.): *Verbreitung und Rezeption der Werke von Marx und Engels in Spanien,* Trier, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, 1994; Emili Gasch: *Marx a Espanya 1969-1939,* Barcelona, Institut de Ciències de l'Educació. Universitat Autònoma de Barcelona, 1983.

herramientas con las que analizará a fondo, como nunca se había hecho hasta entonces, el modo de producción capitalista. El *Manifiesto* es, por tanto, un texto juvenil, cuya finalidad no era ofrecer un análisis riguroso del capitalismo, sino señalar con claridad las líneas maestras de lo que ha supuesto y está suponiendo la industria moderna en la sociedad, la redistribución de clases que está operando y el papel de esas clases. El *Manifiesto* es un texto político en el que encontramos, eso sí, al Marx de las grandes síntesis históricas, de la ironía implacable, de la denuncia de la burguesía, de la visión del proletariado como clase obrera de la moderna civilización industrial, como clase cuya desposesión, cuyas «cadenas radicales», señalan su misión de creadora de una sociedad libre de cadenas, esto es, libre de servidumbre, libre de clases, libre de opresión. Es el obrero quien ha de traer el comunismo.

El *Manifiesto* fue escrito por encargo de la Liga como texto programático, como programa político, pero no en términos abstractos, no para siempre o para cualquier situación. Esto suele olvidarse. Es un hecho que el texto ha sido leído como una proclama revolucionaria a favor del comunismo en términos descontextualizados. Pero lo cierto es que el *Manifiesto* fue escrito a la vista de una situación revolucionaria inminente, que estalló efectivamente antes de que el texto se difundiera. Basta leer los escritos de Marx y Engels en la época de su redacción para comprobar que ambos partían del supuesto de que la revolución proletaria estaba a punto de estallar en los países más desarrollados.

En los artículos que escribe Engels en 1847 se puede observar con claridad que ve el auge general de la burguesía como un paso imprescindible para barrer los res-

tos de feudalismo existentes todavía (nobleza, monarquía absoluta, poder del clero), pero esta burguesía, que en los países más avanzados ha conquistado ya la hegemonía, no percibe que ella no es el final de la historia, que junto al brillo de su triunfo, hay una clase, la más numerosa, que amenaza con aguarle la fiesta. Vale la pena reproducir el final del artículo de Engels, de enero de 1848, «Los movimientos de 1847»:

> Sea cual sea el punto al que miremos, la burguesía realiza enormes progresos. Lleva la cabeza obstinadamente erguida y desafía a sus enemigos. Espera victorias decisivas y su esperanza no se verá defraudada. Quiere organizar el mundo entero a su medida. Y lo conseguirá en una parte importante de la tierra.
>
> No somos amigos de la burguesía, esto ya se sabe. Pero esta vez aceptamos su triunfo. Podemos sonreír tranquilamente ante la altiva mirada con la que ella contempla, especialmente en Alemania, el número, aparentemente diminuto, de demócratas y comunistas. Nada tenemos en contra de que haga prevalecer en todas partes sus propósitos.
>
> Más todavía. Ni siquiera podemos evitar una sonrisa irónica al ver con qué espantosa seriedad, con qué patético entusiasmo, persigue la burguesía sus fines en todas partes. Los caballeros creen realmente trabajar para sí mismos. Tienen la visión suficientemente corta para pensar que, con su victoria, el mundo adquirirá su forma definitiva. Sin embargo, nada hay tan evidente como que ellos simplemente nos desbrozan el camino a nosotros, demócratas y comunistas, como que conquistarán, a lo más, algunos años de inquietante disfrute para ser también derrocados inmediatamente después. En todas partes se halla detrás de ellos el proletaria-

do, a veces compartiendo sus aspiraciones y en parte, como en Italia y Suiza, sus ilusiones; a veces en silencio y retraído, pero preparando en secreto su caída, como en Francia y Alemania; a veces, en fin, como en Inglaterra y América, en rebelión abierta contra la burguesía dominante.

Podemos hacer más todavía. Podemos decirle todo esto al burgués abiertamente, podemos jugar con las cartas boca arriba. Que sepan de antemano que sólo actúan a favor nuestro. Por eso no pueden abandonar su lucha contra la monarquía absoluta, la nobleza y los curas. Tienen que vencer o hundirse ya ahora.

Efectivamente, dentro de muy poco tiempo tendrán incluso que pedirnos apoyo en Alemania.

Seguid, pues, luchando con valentía, nobles caballeros del capital. De momento, nos hacéis falta, incluso necesitamos de vez en cuando barrer de nuestro camino los restos de la Edad Media y la monarquía absoluta, tenéis que destruir el patriarcalismo, tenéis que centralizar, tenéis que convertir a todas las clases más o menos poseedoras en verdaderos proletarios, en reclutas nuestros, tenéis que procurarnos, con vuestras fábricas y lazos comerciales, la base de medios materiales que el proletariado necesita para su liberación. Como premio dominaréis durante un breve período. Tenéis que dictar leyes, tenéis que gozar al resplandeciente sol de la majestad que habéis creado, tenéis que celebrar banquetes en la sala regia y pedir la mano de la hija del rey, pero no lo olvidéis, «El verdugo está de pie ante la puerta»[15].

15. F. Engels: «Los movimientos de 1847», *Deutsche-Brüsseler-Zeitung,* 23 de enero de 1848. MEW, 4, pp. 502-503. La última frase es un verso del poema *Ritter Olaf* (Caballero Olaf), de Heinrich Heine.

Queda muy claro en este artículo de Engels, como en tantos otros suyos de la época, que el proletariado es la clase emergente, la clase surgida del moderno industrialismo, que ha arrancado con enorme fuerza en Inglaterra y que va imponiéndose en la mayor parte de Europa y América. El artículo citado es, al mismo tiempo, una muestra del papel innovador, revolucionario, que Marx y Engels atribuyen a la burguesía en cuanto clase que barre los vestigios medievales, que –en términos de Engels y también del Marx de esa época– introduce la civilización moderna y elimina la barbarie.

Hoy produce asombro y desazón leer párrafos como éste, que tomo del artículo recién citado, relativo a la conquista del norte de México por los Estados Unidos y que tanto recuerda lo que escribirá Marx pocos años después en el *New York Daily Tribune* sobre la labor civilizadora de los ingleses en la India: «En América hemos visto la conquista de México y nos hemos congratulado de ello. Es también un paso adelante que ese país, que hasta el presente se ocupaba sólo de sí mismo, desgarrado por interminables guerras civiles, y sin posibilidad de desarrollo alguno –un país cuya perspectiva más inminente era caer en el vasallaje industrial de Inglaterra– sea empujado con fuerza a entrar en el movimiento histórico. Que en el futuro se coloque bajo la tutela de los Estados Unidos se halla en su propio interés. Está en el interés del desarrollo de la América entera el que los Estados Unidos reciban, mediante la posesión de California, el dominio de todo el Pacífico».

Engels está tan convencido de la labor civilizadora del industrialismo, en cuanto motor de producción que acaba con los vestigios de formas antiguas de servidumbre, que no ve el lado negativo de la conquista misma. Llevada a su extremo, la lógica de esta labor civilizadora justificaría que los países más avanzados industrialmente conquistaran a los menos avanzados, justificaría, por ejemplo, que los israelíes ocuparan el territorio palestino o que los europeos ocuparan tierra africana. Lo más inquietante del último texto citado de Engels es sin duda la frase «que ese país (...) sea empujado con fuerza a entrar en el movimiento histórico». La frase señala claramente que Engels opera con el esquema hegeliano de pueblos con historia, que se mueven en la órbita de la razón *(Weltgeist)* y pueblos que se hallan, por así decirlo, en la cuneta de la historia, en la oscuridad, fuera de la historia. ¿Es ésta la lógica que opera también en el *Manifiesto?* En éste, las alusiones a la labor civilizadora de los países industriales en otros considerados bárbaros es mucho más crítica. En el capítulo primero se dice, por ejemplo: «La burguesía obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción burgués si no quieren sucumbir; las obliga a incorporar ellas mismas la llamada civilización, esto es, a convertirse en burguesas». Está claro que aquí esta «civilización» es rechazada justamente por su carácter burgués, pero en otros lugares Marx sostiene con claridad (y la idea está presente en el mismo *Manifiesto,* al tratar de la burguesía) que el industrialismo creado por la burguesía es un paso adelante en el camino de la humanidad hacia mayores cotas de libertad y bienestar.

Materialismo histórico

La historiografía sobre el *Manifiesto* ha destacado siempre como una de sus aportaciones el concepto de materialismo histórico. La expresión misma no se halla en el texto (ni la usó nunca Marx, que yo sepa), pero sí la idea. En el capítulo II leemos lo siguiente:

> ¿Hace falta profundo conocimiento para comprender que al cambiar los hombres sus condiciones de vida, su existencia social, cambian también sus representaciones, sus visiones y conceptos, en una palabra, su conciencia?
>
> ¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual cambia de forma con la material? Las ideas dominantes de una época nunca han sido otra cosa que las de la clase dominante.

Estas expresiones son paralelas a las que escribían Marx y Engels dos años antes en *La ideología alemana:*

> Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente[16].

16. Marx/Engels: *La ideología alemana,* Montevideo, Pueblos Unidos; Barcelona, Grijalbo, 1974, p. 50. Traducción de Wenceslao Roces.

Marx no nació materialista. Se hizo materialista. Pero el materialismo es una categoría de muy amplio significado, con la que en realidad se pueden designar las más diversas tesis filosóficas. Por ello conviene señalar qué clase de materialismo es el que defiende Marx. Ante todo se debe indicar que Marx rechaza el materialismo en sus primeras manifestaciones sobre él. En escritos como «La cuestión judía», de 1844, el materialismo va ligado al egoísmo, al beneficio, a los intereses, a lo que es propio de la sociedad civil, la de la guerra de todos contra todos. Y por ello Marx lo rechaza. Pero en escritos posteriores, como *La sagrada familia* se encuentra ya una mayor aproximación al materialismo en términos positivos, es decir, dejando su comprensión moral, como expresión de egoísmo, para entenderlo como ligado al comunismo, al movimiento obrero. Pero, sobre todo, se observa en Marx una progresiva actitud crítica frente a la oposición de dos mundos, el material y el espiritual.

A medida que se aleja de los neohegelianos, entre los que él se había formado, critica la errónea contraposición de un plano material y uno ideal como planos independientes, señalando que ambos están ligados, que el mundo espiritual o ideal no es separable del material.

Aunque esta crítica a los neohegelianos tome muchos elementos de la filosofía de Hegel, el progresivo distanciamiento del idealismo que observamos en Marx tiene como ingrediente básico su negativa a considerar la conciencia o las ideas como un mundo independiente de la práctica, de la experiencia individual y colectiva. En *La ideología alemana,* de 1845-1846, Marx es ya abiertamente materialista, y lo es por haber ligado el materialis-

mo al movimiento obrero, por haber visto, en Francia especialmente, la conexión entre materialismo y política obrera. Resumiendo muy brevemente la posición de Marx, digamos que las contradicciones, los problemas, no se resuelven de verdad si sólo se resuelven en el pensamiento. Resolverlos de verdad significa descender a la práctica y concretamente a la actividad sensible, al trabajo, y más específicamente, a la actividad revolucionaria.

Esta práctica de la que habla Marx en *La ideología alemana* y en las «Tesis sobre Feuerbach» no es ninguna huida hacia la acción abandonando la teoría. Marx nunca abandona la teoría sino que habla de una práctica transformadora, realizada por hombres que tienen conciencia, efectivamente, pero que viven en constante intercambio con el mundo, que son parte del mundo, que no pueden vivir sin ese permanente intercambio con él. Por ello se refiere Marx en los *Manuscritos* económico-filosóficos, de 1844, a la naturaleza como «cuerpo inorgánico del hombre»[17].

Materialismo no significa, pues, para Marx una doctrina que concibe al hombre como ser meramente sensible, considerando las ideas y el mundo intelectual como simples emanaciones del cerebro, a la manera en que el riñón segrega la orina. El materialismo consiste para Marx en concebir al hombre como parte de la naturaleza, pero como parte activa, como ser fundamentalmente creador, inventor. El materialismo del siglo XVIII era básicamente pasivo porque veía el influjo de las circunstancias, del

17. Marx: *Manuscritos de economía y filosofía,* Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 112.

medio, en el hombre, pero no el papel del hombre en la modificación de esas circunstancias, de ese medio. Por eso Marx, aunque rechaza el idealismo, subraya que ha sido éste el que ha destacado el papel activo, creador, del hombre. «De ahí el hecho, dice en la tesis I sobre Feuerbach, de que, contrariamente a lo que hizo el materialismo, haya sido el idealismo el que ha desarrollado el aspecto activo, pero sólo de forma abstracta, claro está, dado que el idealismo desconoce la actividad efectiva, sensible.»

En el *Manifiesto* encontramos las claves del materialismo histórico, que consisten sencillamente en concebir la historia, no como destino, como fatalidad sufrida por los hombres, sino como tarea a realizar por ellos. Marx habla del materialismo como del conjunto de condiciones en que los hombres desarrollan su vida, en que producen, intercambian, se comunican. Estas condiciones, como el hombre mismo, cambian con la historia. El hombre no tiene una naturaleza fija, sino que se crea a sí mismo en el desarrollo histórico. Pero Marx observa que, si bien el desarrollo histórico refleja las fases por las que pasa la humanidad, a menudo el hombre se encuentra esclavizado por sus propias creaciones.

En *La ideología alemana* expone con bastante claridad lo que se propone como tarea crítica para liberarse de los fantasmas que crea la propia conciencia y para tomar la sartén por el mango, como se dice en castizo castellano. Escriben Marx y Engels en este libro:

> La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen

> invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico.
>
> Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida[18].

Materialismo histórico sería, pues, el método de análisis histórico que parte de la auténtica condición del hombre como ligado a la tierra, como habitante de un territorio, pero como creador también de ese territorio en cuanto lo transforma, transformándose, a la vez, a sí mismo, como creador igualmente de distintas formas de convivencia, de sociedad, de objetos artísticos e intelectuales.

Comunismo

La consideración de esa conexión del hombre con la naturaleza, de sus formas de producción y de relación recíproca, nos lleva a delimitar lo que es el comunismo, un proyecto que, si era actual en tiempo de Marx, lo es mu-

18. Marx/Engels: *La ideología alemana,* ob. cit., p. 26.

cho más al día de hoy, cuando son muchos más los hombres que sufren como una losa, como una maldición del destino, el juego de intereses que, manejado por algunos, da buenos resultados para ellos, pero es nefasto para gran parte de la humanidad. Marx plantea el comunismo sencillamente como el tomar las riendas de los resortes que mueven esos intereses, el tomar el control de los mismos para que, en lugar de ser dominados por ellos, los hombres los dominen a favor de la mayoría. Parafraseando la expresión del *Manifiesto* en que Marx define el movimiento obrero, podríamos decir que el comunismo es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría.

Naturalmente, la concepción del comunismo que Marx sostiene en el *Manifiesto* va ligada a varios ingredientes, algunos de los cuales fueron matizados más tarde, como es el pauperismo, como es la idea –ligada al pauperismo– de que los salarios tienden a descender por debajo del mínimo de subsistencia. No puedo detenerme aquí en estos aspectos, ni a la lectura que tuvo el *Manifiesto* en los países del comunismo oficial antes de la caída del muro. Pero diré algo acerca de la concepción que Marx sostiene del proletariado en el texto del *Manifiesto.*

Ante todo, el proletariado es presentado como la clase revolucionaria, la única revolucionaria. Es revolucionaria porque no defiende una posición adquirida, un interés de clase. Y no lo defiende porque el proletariado no ha adquirido ninguna posición que quiera consolidar. Todo lo contrario. Su interés es salir de la posición en que está. El proletariado es revolucionario, esto es, quie-

re transformar la sociedad, porque su situación de proletario es la negación de su condición humana, es decir: ser proletario significa estar esclavizado por el trabajo asalariado, depender social y políticamente del empresario que da trabajo, un trabajo, que, lejos de ser creativo, de posibilitar el ejercicio y expansión de la creatividad humana, es repetitivo, embrutecedor.

Veinte años después de escribir el *Manifiesto,* ofrece Marx en *El capital* abundantes ejemplos de las condiciones inhumanas en que el obrero moderno, el de la fábrica, trabaja en la Inglaterra de mediados del siglo XIX. En el *Manifiesto* plantea Marx el comunismo como la opción natural del proletariado, como la que viene determinada por su necesidad de vivir como persona humana, lo que le obliga a salir de su situación como clase y, con ello, a negar las clases, a fundar una sociedad sin clases, el comunismo. Como sociedad que posibilita al obrero, degradado a proletario, convertirse en persona, el comunismo es plenamente convincente. Donde surgen las cuestiones es en los supuestos que acompañan la concepción del proletario, de su conciencia de clase y de la sucesión de fases históricas.

Leyendo los dos primeros capítulos del *Manifiesto* se obtiene la impresión de que Marx tiende a presentar al proletariado como trabajador que no sólo es explotado por el capital sino que sabe que es explotado. El comunismo es, desde este punto de vista, la asociación de los explotados que se saben explotados y que quieren acabar con la explotación. Pero, aparte de que la situación del proletariado industrial ha cambiado mucho hoy en el mundo que llamamos desarrollado, es dudoso que el

proletariado adquiera conciencia de clase, conciencia de explotado, por el simple hecho de ser proletario. Probablemente, si Marx escribiera hoy, hablaría de la cantidad inmensa de filtros que el capitalismo ha establecido para dificultar la conciencia de clase, para hacer creer que aquí el que no come y disfruta es porque no quiere o porque es tonto. En una palabra, la equivalencia o casi-equivalencia entre ser proletario y tener conciencia de clase no es un hecho social. Creo que los mecanismos ideológicos transmitidos por los abundantes canales mediáticos que inundan nuestro mundo son mucho más eficaces de lo que pudo percibir Marx entonces. La interpretación de Lukács, según la cual ser proletario y tener conciencia de clase es un hecho automático, está lejos de ser correcta, si por correcta se entiende que es un hecho real. De ahí que el proletario del que se habla en el *Manifiesto* no se encuentre hoy tanto en los grandes centros de producción como entre obreros marginales, que ni siquiera figuran en estadísticas, ni son miembros de sindicatos, que son emigrantes o viven en los llamados países subdesarrollados.

Por otro lado, es evidente que Marx, educado en la filosofía hegeliana, aunque criticó esta filosofía por idealista, es deudor de ella en aspectos como cierta visión progresista de la historia. El esquema de la revolución francesa, como revolución en que la burguesía consigue triunfar sobre el feudalismo, proporciona a Marx el esquema oportuno para ver al proletariado como la clase que ha de protagonizar la siguiente victoria. Como la historia recorre etapas y las recorre como resultado de luchas sociales provocadas por el choque entre desarrollo

de fuerzas productivas y modo de producción, Marx cree que ha llegado la hora de que el proletariado tome el relevo de la burguesía, ya que ésta es incapaz de dominar las fuerzas productivas que ha puesto en marcha.

Este esquema, proyectado sobre el fondo de miseria y explotación proletaria en el que la burguesía triunfante se ve progresivamente amenazada por la clase obrera en ascenso, es, después de todo, un esquema optimista, lo que hoy, a más de siglo y medio de distancia, resulta obvio. Marx era hijo de su tiempo y, cómo no, deudor de los esquemas en que se formó su pensamiento.

Pero acusar a Marx, como se hace todos los días y se hizo ya en vida suya –Marx ha sido un maldito de la burguesía–, de que su visión del comunismo y de la evolución histórica en general está demasiado impregnada de aspectos económicos, de que da demasiada importancia a la economía, me parece que peca de ceguera social. Sobre todo peca de desconocimiento de los mecanismos de la globalización. ¿Acaso el dominio y la sumisión son dominio y sumisión de naturaleza psicológica o basada en poderes mágicos? Los estados que dominan a otros los dominan por su poder económico. Los hombres que pueden explotar a otros lo hacen gracias a su poder económico. La miseria y necesidad en que viven o intentan vivir tantos marginados, sufren miseria y necesidad de naturaleza económica.

Marx pensó la sociedad comunista como una sociedad que ha alcanzado un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, por decirlo en su vocabulario, capaz de dar satisfacción a las necesidades básicas de la población. Pero de ninguna manera defendió que lo humano, el vi-

vir con la dignidad que requiere el ser persona, consista en disfrutar de riqueza, de bienes materiales. Marx no escribió mucho sobre la felicidad, que él concebía como algo diferente para cada persona, como un objetivo que cada uno puede buscar al no estar esclavizado por el hambre, el frío o el calor. Si se lee *El capital,* se verá que Marx caracteriza la sociedad burguesa precisamente por su búsqueda del plusvalor, por el incremento del valor, del valor de cambio, lo mismo da si es produciendo salchichas, vendiendo cuadros de Goya o gestionando la patente del laboratorio x que distribuye en exclusiva los resultados obtenidos en la producción de células madre.

La denuncia del capitalismo empieza en Marx por ahí, por mostrar que el capitalismo busca no la cualidad, sino la cantidad. Frente a ello, Marx piensa el comunismo como una sociedad de ricos, entendiendo la riqueza como abastecimiento de la población con los medios materiales para vivir y con los servicios y prestaciones que la ciencia puede ofrecer en cada momento. Ese comunismo tiene poco que ver, por tanto, con la comunidad de desarrapados que hoy, como ayer, suele asociarse al proyecto comunista, que ahora cuenta, además, con la desventaja de nefastos experimentos históricos, como el del estalinismo, realizados en su nombre.

El *Manifiesto* es un panfleto ya viejo, pero la pluma de Marx jamás tuvo mayor fuerza incisiva que aquí para describir la antropofagia en que discurre la lucha de clases en el seno del capitalismo. Aunque Marx afinó mucho el análisis en sus estudios posteriores sobre éste, e incluso cuestionó en sus últimos años algunos supuestos

básicos de su visión del desarrollo capitalista, supuestos según los cuales el capitalismo es una etapa que debe pasar todo país para acceder al comunismo, el *Manifiesto* contiene buena parte de los motivos por los que Marx y Engels dedicaron su vida a estudiar la sociedad capitalista y a trabajar en la organización de los obreros para construir, desde los niveles alcanzados por la ciencia y la producción, una sociedad en la que el desarrollo de uno sea condición, no obstáculo, del desarrollo de otro, una sociedad que hoy está más lejos de ser realidad que entonces, ya que el poder de seducción del capitalismo nunca había sido tan grande, nunca había dominado el planeta como ahora.

Nota sobre el título del *Manifiesto*[19]

Acerca del título original, *Manifiesto del Partido Comunista,* y el de *Manifiesto Comunista,* conviene tener en cuenta la información que proporciona Hals Draper en *The Marx-Engels Chronicle* (Nueva York, Schoken Books, 1985, p. 179; vol. I de *The Marx-Engels Cyclopedia),* que resumo a continuación.

En 1872 tuvo lugar en Leipzig el juicio por traición contra August Bebel y Wilhelm Liebknecht, los dos principales responsables en ese momento del movimiento obrero socialista alemán, amigos ambos de Marx y Engels, con quienes se carteaban. Durante el juicio, el fiscal leyó el *Ma-*

19. Nota aclaratoria añadida a la edición de 2011. Agradezco a Diego Guerrero que me indicara el pasaje de la citada obra de Draper, tan minuciosa como útil.

nifiesto en una de las sesiones. Circunstancia que fue aprovechada por los socialistas para publicarlo como parte del material del juicio, pasando así de publicación prohibida en Alemania a publicación legal. Lo editó el periódico internacionalista *Der Volkstaat,* de Leipzig. Para esta edición Marx y Engels escribieron el prólogo de 1872. Posteriormente, Engels se encargó de hacer llegar copias a muchos países. El intento de soslayar la censura, omitiendo la palabra «partido», es, pues, la razón de que el *Manifiesto Comunista* haya circulado tanto con este título.

Sin embargo, lo que fue decisivo en Alemania no lo fue en igual medida en otros países. Así, José Mesa, el primer traductor español del texto de Marx y Engels, lo tituló en la página del prólogo de la entrega inicial *(La Emancipación,* 2-11-1872), primero como *Manifiesto comunista de 1848,* y a continuación, en el encabezado de las páginas, como *Manifiesto del Partido Comunista,* y así lo tituló también la edición de *El Socialista,* en 1886.

Sobre esta edición

El texto traducido está tomado de la edición alemana MEW [Marx/Engels, *Werke.* Berlín, Dietz, 39 tomos, más 2 complementarios y 2 de índices], tomo 4, la cual se basa, a su vez, en la versión ofrecida por Engels en 1890, pero indicando las variantes respecto de la original de 1848. Sólo el prefacio de la edición inglesa de 1888 está traducido directamente del inglés. La edición de la nueva MEGA [Marx/Engels, *Gesamtausgabe.* Berlín, Dietz, 1975 en adelante; edición en curso, actualmente a cargo de la IMES (Interna-

tionale Marx/Engels-Stiftung, Amsterdam)] (tomo I/6) se halla todavía en fase de elaboración, por lo que no ha podido ser tenida en cuenta. La traducción ha buscado mucho más la fidelidad al original que la elegancia o la brillantez literaria. Esto puede hacer que algunas frases y expresiones pierdan el colorido que tienen en el original, pero siempre me ha parecido más importante seguir el texto de Marx que efectuar interpretaciones o aventurar paráfrasis para sortear alguna frase de sentido menos claro.

El significado de los signos utilizados en esta edición es el siguiente:

(...) Omisión de texto en una cita.
[ ] Añadido del editor.
< > Palabras tachadas por el propio Marx.

En general, el *Manifiesto* no es un texto con especiales dificultades de traducción, debido a la propia estructura de sus frases, que son, contra lo que es el estilo alemán típico, frases cortas, sin apenas subordinación.

Marx, que aprendió en la prensa a expresarse en un lenguaje comprensible, observó también que el pensamiento no necesita para formular grandes ideas acudir a un lenguaje complicado, sino que puede servirse de frases y palabras que entiende la mayoría de la gente. Como siempre que se trata de un escrito de otra época, la dificultad del traductor reside en que hay términos que tienen en la actualidad diferente sentido, como ocurre, sin ir más lejos, con la palabra «partido».

Pedro Ribas,
septiembre de 2001.

Bibliografía

BUEY FERNÁNDEZ, Francisco: «Para leer el *Manifiesto Comunista»,* en Karl Marx/Friedrich Engels: *Manifiesto Comunista.* Barcelona, El Viejo Topo, 1997, pp. 5-21.

CARRERAS ARES, Juan José: «El *Manifiesto Comunista:* historia de un malentendido», en su libro *Razón de Historia,* Madrid, Marcial Pons/ Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, pp. 203-213.

HOBSBAWM, Eric: «Sobre el *Manifiesto comunista»,* en su libro *Cómo cambiar el mundo.* Barcelona, Crítica, 2011, pp. 111-129.

LABRIOLA, Antonio: «En memoria del *Manifiesto Comunista»,* en su libro: *La concepción materialista de la historia.* Barcelona, Editorial 7 1/2, 1979, pp. 17-66.

RIASÁNOV, D.: «Notas Aclaratorias», en C. Marx y F. Engels: *El Manifiesto Comunista.* Madrid, Ayuso, 1974, pp. 109-296.

ROCES, Wenceslao: «Sobre los orígenes del Manifiesto y la Liga Comunista», en la edición del *Manifiesto* recién citada, pp. 17-54.

Papeles de la FIM. Esta revista, editada por la Fundación de Investigaciones Marxistas, de Madrid, dedicó el número 11 (1998) a conmemorar el 150 aniversario de la publicación del *Manifiesto.*

VV.AA.: *Le «Manifeste communiste» aujord'hui.* París, Les Éditions de l'Atelier/Les Éditions Ouvrières, 1998. Textos de las contribuciones del encuentro internacional sobre *El Manifiesto,* celebrado en París, en 1998.



Manifest

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt euch.

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter"

von J. E. Burghard.

46, Liverpool Street. Bishopsgate.

Portada original del *Manifiesto Comunista,* Londres, 1848.

Manifiesto del Partido Comunista

Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han aliado en santa cacería contra este fantasma: el papa y el zar, Metternich y Guizot, radicales franceses y policías alemanes.

¿Dónde está el partido opositor que no haya sido tachado de comunista por sus adversarios gobernantes, dónde el partido opositor que no haya relanzado el estigmatizante reproche de comunista, tanto a sus adversarios más avanzados como a sus enemigos más reaccionarios?

Dos cosas se derivan de este hecho.

Todas las potencias europeas reconocen ya al comunismo como una potencia.

Ha llegado la hora de que los comunistas expongan abiertamente ante el mundo entero su visión, sus objetivos, sus tendencias, y opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del partido mismo.

Con este fin se han reunido en Londres comunistas de las más diversas naciones y han esbozado el siguiente manifiesto, que se publica en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

1. Burgueses y proletarios

La historia de todas las sociedades hasta el día de hoy es historia de luchas de clases.

Libre y esclavo, patricio y plebeyo, señor y siervo, maestro y oficial, en suma, opresores y oprimidos, han estado y están enfrentados entre sí, han mantenido una lucha ininterrumpida, ya oculta ya abierta, una lucha que en todos los casos terminó con una transformación revolucionaria de toda la sociedad, o bien con el hundimiento conjunto de las clases en lucha.

En las primeras épocas de la historia encontramos en casi todas partes una completa división de la sociedad en diferentes estamentos, un múltiple escalonamiento de posiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos, esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales, siervos y, por si fuera poco, en casi todas esas clases hay que añadir gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, surgida del hundimiento de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Se ha limitado a sustituir las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha, por otras nuevas.

Sin embargo, nuestra época, la de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado las contradicciones de clase. La sociedad entera se va dividiendo cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas: burguesía y proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres[1] de las primeras ciudades; de estos vecinos libres surgieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la emergente burguesía un espacio nuevo. El mercado de las Indias Orientales y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el aumento de los medios de cambio y de las mercancías en general, proporcionaron al comercio, a la navegación, a la industria, un impulso jamás conocido y, con ello, un rápido desarrollo al elemento revolucionario en la decadente sociedad feudal.

La anterior organización feudal o gremial de la industria no bastaba ya para satisfacer la creciente demanda resultante de nuevos mercados. En lugar de ella, vino la manufactura. El estamento medio industrial sustituyó a los maestros gremiales; la división del trabajo entre las

1. *Pfahlbürger* es la palabra que emplea Marx. Literalmente significa «ciudadano entre palos». En la Edad Media eran los ciudadanos que, sin vivir en la ciudad, sino entre sus palos, tenían derecho de ciudadanía. En otros pasajes he traducido *Pfahlbügerschaft* por «pequeña burguesía».

diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el propio taller.

Pero los mercados seguían aumentando, la demanda seguía creciendo. Tampoco la manufactura daba abasto. Entonces vinieron el vapor y la maquinaria a revolucionar la producción industrial. En lugar de la manufactura comenzó la moderna gran industria, en lugar del estamento medio industrial aparecieron los industriales millonarios, los jefes de ejércitos industriales enteros, los modernos burgueses.

La gran industria ha instaurado el mercado mundial que el descubrimiento de América había preparado. El mercado mundial ha propiciado un inmenso desarrollo del comercio, de la navegación, de las comunicaciones terrestres. Tal desarrollo ha influido, a su vez, en la expansión de la industria, y a medida que se han desarrollado industria, comercio, navegación, ferrocarriles, en esta misma medida se ha desarrollado la burguesía, ha multiplicado sus capitales, ha relegado a un segundo plano a todas las clases legadas por la Edad Media.

Vemos, pues, que la moderna burguesía, es, por su parte, producto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de transformaciones en el modo de producción y de intercambio.

Cada uno de estos grados del desarrollo de la burguesía iba acompañado de su correspondiente avance político[2]. Estamento sometido bajo el dominio de los señores feudales, asociación armada y con autogobierno en la comuna, unas veces república urbana independiente, otras

2. Engels añade en 1888: «de esta clase».

tercer estado tributario de la monarquía, después, en tiempos de la manufactura, contrapeso frente a la nobleza en la monarquía estamental o absoluta, en general, base principal de las grandes monarquías, la burguesía conquistó finalmente, desde la instauración de la gran industria y del mercado mundial, la hegemonía política exclusiva en el moderno estado representativo. El poder estatal moderno no es más que una junta administradora que gestiona los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado un papel altamente revolucionario en la historia.

Allí donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha arrancado despiadadamente los abigarrados lazos que ligaban a los hombres con sus superiores naturales[3], y no ha dejado otro lazo entre hombre y hombre que el desnudo interés, que el seco «pago al contado». Ha sofocado el sagrado embeleso de la ilusión piadosa, del entusiasmo caballeresco, de la melancolía pequeñoburguesa en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha disuelto la dignidad humana en el valor de cambio y ha sustituido las libertades garantizadas y legalmente adquiridas por la *única* libertad, la libertad de comercio sin escrúpulos. En una palabra, ha sustituido la explotación recubierta de ilusiones religiosas y políticas por la explotación abierta, desvergonzada, directa, a secas.

3. Como señala Andréas (*Le Manifeste ...,* pp. 7-8), «superiores naturales», debería ir entre comillas, dado el uso irónico que se observa en un pasaje de *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* de Engels, quien escribe que la expresión «superiores naturales» es una fórmula favorita de los fabricantes ingleses.

La burguesía ha despojado de su aureola todas las profesiones que hasta hoy eran venerables y contempladas con piadoso respeto. Ha convertido en asalariados suyos al médico, al jurista, al cura, al poeta, al hombre de ciencia.

La burguesía ha rasgado el velo de tierno sentimentalismo que envolvía las relaciones familiares y lo ha reducido a una relación dineraria.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza, que la reacción tanto admira en la Edad Media, tenía su complemento natural en el más indolente vivir del cuento de la lechera. Ha sido ella la primera que ha demostrado lo que puede llevar a cabo la actividad humana. Ella ha realizado maravillas completamente distintas de las pirámides egipcias, de los acueductos romanos y de las catedrales góticas, ha realizado campañas enteramente distintas de las migraciones de pueblos y de las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción, esto es, todas las relaciones sociales. La conservación inalterada del antiguo modo de producción era, en cambio, la primera condición de existencia de todas las clases industriales anteriores. La continua transformación de la producción, la incesante sacudida de todos los estados sociales, la eterna inseguridad y movimiento, esto es lo que caracteriza la época burguesa respecto de todas las demás. Quedan disueltas todas las relaciones fijas, oxidadas, con su cortejo de representaciones y visiones veneradas desde antiguo, mientras todas las recién formadas envejecen antes de poder

osificar. Todo lo estamental y establecido se esfuma; todo lo sagrado es profanado, mientras los hombres se ven, al fin, obligados a considerar sobriamente su situación y sus relaciones recíprocas.

La necesidad de dar salida cada vez más amplia a sus productos empuja a la burguesía a moverse por el globo entero. En todas partes tiene que anidar, en todas partes, ampliarse, en todas partes, crear conexiones.

La burguesía, con su explotación del mercado mundial, ha configurado la producción y el consumo de todos los países a escala cosmopolita. Con gran pesar de los reaccionarios, ha sustraído a la industria el suelo nacional bajo sus pies. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y lo siguen siendo a diario. Quedan desplazadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas del lugar, sino que las elaboran procedentes de las zonas más alejadas, y sus productos no se consumen ya sólo en el propio país, sino simultáneamente en todos los continentes. En lugar de las viejas necesidades, satisfechas con productos del campo, aparecen otras nuevas que requieren ser satisfechas con productos de los países y climas más lejanos. En lugar de la antigua autarquía y aislamiento locales, surge un intercambio universal, una interdependencia universal entre todas las naciones. Y no sólo en la producción material, sino también en la intelectual. Los productos intelectuales de cada nación se convierten en propiedad común. La peculiaridad y limitación nacionales se van tornando imposibles de día en día, y de las muchas literaturas nacionales y locales se forma una literatura mundial.

La burguesía, gracias al rápido perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción y a la inmensa mejora de las comunicaciones, arrastra a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, hacia la civilización. Los bajos precios de sus productos son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas, con la que doblega la más terca xenofobia de los bárbaros hasta su capitulación. La burguesía obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción burgués si no quieren sucumbir; las obliga a incorporar ellas mismas la llamada civilización, esto es, a convertirse en burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado enormes ciudades, ha multiplicado considerablemente la población ciudadana en comparación con la agraria, arrancando así a una parte importante de la población del idiotismo[4] de la vida campesina. Al igual que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los pueblos bárbaros y semibárbaros a los civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía va eliminando progresivamente la dispersión de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción, concentrado la propiedad en pocas manos. Consecuencia necesaria de esto ha sido

4. La palabra «idiotismo» está empleada aquí en su sentido griego *(idiotes* = carácter propio, particularidad), es decir, de particularidad, no en el vulgar de «necio» o «tonto». Recuérdese que Marx era un excelente conocedor de la cultura clásica griega; había escrito su tesis doctoral sobre la filosofía de Demócrito y Epicuro.

la centralización política. Provincias independientes, casi federadas simplemente, cada una con diferentes intereses, leyes, gobiernos, tarifas aduaneras, se han visto obligadas a unirse en una sola nación, un solo gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase, una sola línea aduanera.

La burguesía, en sus apenas cien años de dominio de clase, ha creado fuerzas productivas más abundantes y colosales que todas las generaciones pasadas en su conjunto. Sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, roturación de continentes enteros, acondicionamiento de ríos para la navegación, poblaciones enteras levantadas repentinamente, ¿qué siglo anterior sospechó que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues: los medios de producción y de comunicación[5] sobre cuya base se formó la burguesía fueron creados en la sociedad feudal. Alcanzado cierto nivel de desarrollo de estos medios de producción y de comunicación, las relaciones conforme a las cuales producía e intercambiaba la sociedad feudal, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, las relaciones de propiedad feudales, dejaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Estas relaciones de propiedad frenaban la producción, en lugar de

5. «Medios de comunicación» es traducción de *Verkehrsmittel,* palabra que en alemán no alude sólo a prensa, radio, televisión, teléfono, etc., sino también medios de transporte: trenes, barcos, aviones, coches, etc; alude también al intercambio comercial o tráfico.

favorecerla. Se convirtieron en otras tantas trabas. Hubo que romperlas, y las rompieron.

En su lugar, apareció la libre concurrencia, con la constitución social y política adecuada a ella, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se produce un movimiento parecido. Los medios de producción y comunicación, las relaciones de propiedad burguesas, la moderna sociedad burguesa, que tan espectaculares medios de producción y comunicación se ha sacado del sombrero, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias subterráneas que él mismo ha conjurado. Desde hace decenios, no es la historia de la industria y del comercio otra cosa que la historia de la rebelión de las modernas fuerzas productivas frente a las modernas relaciones de producción, frente a las relaciones de propiedad, que son las condiciones de vida de la burguesía y de su dominio. Basta mencionar las crisis comerciales, que en su periódica reaparición, cada vez más amenazante, cuestionan la existencia de la sociedad burguesa. En las crisis comerciales no sólo se destruye regularmente gran parte de lo producido, sino gran parte de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis se desata una epidemia social que en todas las épocas anteriores hubiese aparecido como algo absurdo, la epidemia de sobreproducción. La sociedad se halla de pronto retrotraída a un estado de momentánea barbarie; el hambre, la devastadora guerra general, parecen haberla privado de todas las provisiones; la industria, el comercio, parecen estar destruidos, y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiadas provisiones, demasiada industria, demasiado co-

mercio. Las fuerzas productivas que tiene a su disposición no sirven ya para fomentar las relaciones de propiedad burguesas. Al contrario, se han vuelto demasiado poderosas para esas relaciones, que las frenan ahora; y tan pronto como superan ese freno, provocan el desorden en toda la sociedad burguesa, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas se han vuelto demasiado estrechas para abarcar la riqueza que han creado. ¿Cómo supera las crisis la burguesía? Por un lado, mediante la forzada destrucción de una masa de fuerzas productivas; por otro, conquistando nuevos mercados y explotando más a fondo los viejos. ¿De qué manera entonces? Preparando crisis más universales y violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas con las que la burguesía derribó el feudalismo se dirigen ahora contra la burguesía misma.

Pero la burguesía no sólo ha forjado las armas que van a darle muerte; ha creado también a los hombres que van a manejarlas, los obreros modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, esto es, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de obreros modernos que viven tan sólo si encuentran trabajo, y que solamente lo encuentran si su trabajo aumenta el capital. Estos obreros, que tienen que venderse al por menor, son una mercancía como otro artículo de comercio cualquiera, expuesta igualmente, pues, a todas las vicisitudes de la concurrencia, a todas las oscilaciones del mercado.

El trabajo del proletario ha perdido todo su carácter independiente debido a la expansión de la maquinaria y

a la división del trabajo, y con ello, todo su atractivo para el obrero. Éste se convierte en mero accesorio de la máquina, del que tan sólo se exige la manipulación más sencilla y monótona, la más fácil de aprender. Los costes que ocasiona el obrero se limitan, pues, casi a las provisiones que necesita para su sustento y para la reproducción de su raza. Ahora bien, el precio de una mercancía y, por tanto, del trabajo, es igual a sus costes de producción. Cuanto más desagradable es el trabajo, tanto más disminuye, pues, el salario. Más todavía, cuanto más aumenta la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta la masa de trabajo, ya sea por multiplicación de las horas de trabajo, ya sea por multiplicación del trabajo exigido en un tiempo dado, ya sea por funcionamiento acelerado de las máquinas, etc.

La moderna industria ha transformado el pequeño cuarto de trabajo del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de trabajadores hacinados en la fábrica son organizadas como soldados. Se los coloca como soldados rasos de la industria, bajo vigilancia de una completa jerarquía de suboficiales y oficiales. No sólo son esclavos de la clase burguesa, del estado burgués, sino que son esclavizados cada día y cada hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el fabricante burgués individual. Este despotismo es tanto más mezquino, odioso, irritante, cuanto más abiertamente proclama que su fin es el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, esto es, cuanto más se desarrolla la moderna industria, tanto más se ve desplazado el trabajo de los hombres por el de las mujeres. Diferencias de sexo y de

edad carecen de valor social para la clase obrera. Ya sólo hay instrumentos de trabajo que ocasionan costos distintos según edad y sexo.

Llegado el punto en que la explotación del obrero por el fabricante termina con el cobro del salario, caen sobre el obrero las otras partes de la burguesía, el propietario de la vivienda, el tendero, el prestamista, etc.

Las clases intermedias hasta ahora existentes, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, todas estas clases caen en el proletariado, ya sea debido a que su pequeño capital no basta para lanzarse a la gran empresa y sucumbe en la competencia con los capitalistas mayores, ya sea debido a que su habilidad ha quedado devaluada por nuevos métodos de producción. De manera que el proletariado se recluta de todas las clases de la población.

El proletariado recorre diversos grados de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

Al principio, lucha cada obrero individualmente, después lo hacen los obreros de una fábrica, después los obreros de una rama de trabajo, en una localidad, frente al burgués individual que los explota directamente. Dirigen sus ataques no sólo contra las relaciones de producción burguesas, sino contra los mismos instrumentos de producción; destruyen las mercancías extranjeras en competencia, destrozan las máquinas, prenden fuego a las fábricas, intentan reconquistar la decaída posición del trabajador de la Edad Media.

En esta fase, los obreros forman en el país entero una masa dispersa y fragmentada por la concurrencia. La con-

junción masiva de trabajadores no es aún consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, la cual tiene que poner en movimiento al proletariado entero, y de momento lo puede seguir haciendo, con el fin de alcanzar sus propios objetivos políticos. En esta fase, los proletarios no combaten, pues, a sus enemigos sino a los enemigos de sus enemigos, los restos de la monarquía absoluta, los terratenientes, la burguesía no industrial, los pequeños burgueses. De manera que todo el movimiento histórico se halla concentrado en manos de la burguesía; toda victoria alcanzada en esta situación es una victoria de la burguesía.

Pero con el desarrollo de la industria no sólo se multiplica el proletariado, sino que se concentra en masas mayores, creciendo su fuerza y sintiéndola más. Los intereses, las condiciones de vida entre los proletarios se asemejan cada vez más, dado que la maquinaria va borrando progresivamente las diferencias del trabajo y empuja el salario hacia un nivel igualmente bajo. La creciente concurrencia de la burguesía entre sí y las crisis industriales de ella resultantes hacen oscilar cada vez más el salario del obrero; la maquinaria, que se desarrolla cada vez más rápidamente, perfeccionándose sin cesar, aumenta gradualmente la inseguridad de toda su existencia; de manera creciente, las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren el carácter de colisiones entre dos clases. Los trabajadores comienzan a formar coaliciones frente a la burguesía; se unen para defender su salario. Ellos mismos establecen asociaciones duraderas, con el fin de estar abastecidos en caso de eventuales levantamientos. Aquí y allá la lucha se convierte en sublevación.

De cuando en cuando los obreros triunfan, pero sólo provisionalmente. El verdadero resultado de sus luchas no consiste en el triunfo inmediato, sino en la unión de los obreros, que va ganando cada vez más terreno. Esta unión se ve favorecida por los crecientes medios de comunicación creados por la gran industria, medios que ponen en contacto a los obreros de distintas localidades. Basta este contacto para centralizar como lucha nacional, como lucha de clases, las múltiples luchas locales que en todas partes tienen igual carácter. Pero toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión para la que los habitantes de las ciudades medievales, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros, la realizan los modernos proletarios en pocos años con los ferrocarriles.

Esta organización de los proletarios en clase, y con ello en partido político, se rompe de nuevo a cada instante por la concurrencia entre los obreros mismos. Pero resurge siempre más fuerte, más firme, más poderosa. Ella obliga a reconocer algunos intereses de los trabajadores en forma de leyes, aprovechando las disensiones de la burguesía entre sí. Tal sucede con la ley de las diez horas en Inglaterra.

Las colisiones de la vieja sociedad como tal favorecen en múltiples ocasiones el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía se encuentra en permanente lucha: al principio, contra la aristocracia; más tarde, contra los sectores de la misma cuyos intereses chocan con el progreso de la industria; siempre contra la burguesía de todos los países de fuera. En todas estas luchas se ve obligada a apelar al proletariado, a pedir su ayuda y a

comprometerlo así en el movimiento político. Ella misma proporciona, pues, al proletariado sus propios elementos de formación, esto es, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, sectores enteros de la clase dominante son arrojados, debido al progreso de la industria, a las filas del proletariado o, al menos, se ven amenazados en sus condiciones de vida. También estos sectores aportan al proletariado muchos elementos de formación.

Finalmente, en las épocas en las que la lucha de clases se aproxima a su desenlace, el proceso de disolución dentro de la clase dominante, dentro de la vieja sociedad entera, toma un carácter tan violento, tan agudo, que una pequeña fracción de la clase dominante se desprende de ella y se suma a la clase revolucionaria, a la clase que lleva el futuro en sus manos. De ahí que así como antes se pasó una parte de la nobleza a la burguesía, así se pasa ahora una parte de la burguesía al proletariado, y especialmente un sector de los ideólogos burgueses que se han elevado a la comprensión teórica de todo el movimiento histórico.

De todas las clases que se hallan hoy frente a la burguesía, únicamente el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las otras clases degeneran y se hunden con la gran industria, el proletariado es su producto más propio.

Los estamentos medios, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos atacan a la burguesía para salvar del hundimiento su existencia como estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son

reaccionarios, intentan hacer retroceder la rueda de la historia. Si son revolucionarios, lo son a la vista de su inminente paso al proletariado, por lo que no defienden sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, abandonando su punto de vista propio para situarse en el del proletariado.

El proletariado de harapos, esa pasiva descomposición de las capas bajas de la antigua sociedad, es a veces arrastrado al movimiento por una revolución proletaria, pero, conforme a todas sus condiciones de vida, estará más dispuesto a dejarse comprar por los manejos reaccionarios.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad están ya abolidas en las del proletariado. El proletario carece de propiedad; su relación con mujer e hijos nada tiene ya en común con la relación familiar burguesa; el moderno trabajo industrial, la moderna sumisión al capital, la misma en Inglaterra que en Francia, en América que en Alemania, ha quitado por entero al proletariado su carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él prejuicios burgueses, bajo los cuales se esconden otros tantos intereses burgueses.

Todas las clases que antes conquistaron el dominio intentaron asegurar la posición que habían alcanzado sometiendo la sociedad entera a las condiciones en que ellas obtenían sus ganancias. Los proletarios sólo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo de apropiación hasta ahora existente y, con ello, el modo de apropiación entero hasta ahora existente. Los proletarios no tienen nada que asegurar de lo suyo, tienen que destruir la seguridad privada y todos los seguros privados hasta hoy existentes.

Todos los movimientos han sido hasta hoy movimientos de minorías o en interés de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría. El proletariado, la capa social más baja de la actual sociedad, no puede levantarse, enderezarse sin que se haga saltar por los aires toda la sobrestructura de las capas que forman la sociedad oficial.

Aunque no por su contenido, la lucha del proletariado es, por su forma, una lucha nacional. El proletariado de cada país tiene que arreglárselas primero con su propia burguesía.

Al señalar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos oculta en el seno de la sociedad existente, hasta el punto en el que rompe en una revolución abierta y el proletariado afirma su dominio mediante el derribo violento de la burguesía.

Toda sociedad anterior descansaba, según hemos visto, en la oposición de clases opresoras y oprimidas. Ahora bien, para poder oprimir a una clase hay que asegurarle condiciones en las que al menos pueda sostener su existencia esclava. El siervo se elevó a miembro de la comuna estando bajo el servilismo, como el pequeño burgués a burgués estando sometido al yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, en lugar de levantarse con el progreso de la industria, cae cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase. El obrero se convierte en mísero, y el pauperismo se desarrolla más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Así se pone de manifiesto que la burguesía es in-

capaz de seguir siendo la clase dominante de la sociedad y de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. Es incapaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlo caer hasta una situación en la que tiene que alimentarlo, en lugar de ser alimentada por él. La sociedad no puede seguir viviendo sometida a ella, esto es, la vida de la burguesía no es compatible con la sociedad.

La condición esencial de la existencia y dominio de la clase burguesa es el amontonamiento de riqueza en manos de privados, la formación y multiplicación del capital; la condición del capital es el salariado. El salariado descansa exclusivamente en la concurrencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, cuyo agente involuntario y sin resistencia es la burguesía, sustituye el aislamiento de los obreros, consecuencia de su concurrencia, por su unión revolucionaria, consecuencia de su asociación. Con el desarrollo de la gran industria cede bajo los pies de la burguesía la base misma sobre la que produce y se apropia de los productos. Produce, sobre todo, a sus propios enterradores. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

2. Proletarios y comunistas

¿Qué relación existe entre los comunistas y los proletarios en general?

Los comunistas no son ningún partido especial frente a los otros partidos obreros.

No tienen intereses distintos de los que tiene todo el proletariado.

No establecen principios especiales conforme a los cuales quieran modelar el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen del resto de partidos proletarios únicamente en que, de un lado, destacan y hacen valer, dentro de las diversas luchas nacionales del proletariado, los intereses comunes de éste en su conjunto, independientes de las nacionalidades; de otro, en que, a lo largo de las diversas fases de desarrollo que atraviesa la lucha entre burguesía y proletariado, defienden siempre los intereses del movimiento general.

Los comunistas son, pues, en la práctica, el sector más decidido de los partidos obreros de todos los países, el que siempre impulsa a ir más allá; en teoría, comprenden las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario antes que la restante masa del proletariado.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución del proletariado en clase, derrocamiento del dominio burgués, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no descansan en absoluto en ideas, en principios inventados o descubiertos por este o aquel reformador del mundo.

No son más que expresión general de cómo está realmente una lucha de clases que existe, un movimiento histórico que transcurre ante nuestros ojos. La abolición de relaciones de propiedad anteriores no es algo que caracterice de modo peculiar al comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un continuo cambio histórico, a una continua transformación histórica.

La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en favor de la burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad sin más, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad burguesa moderna es la última y más perfecta expresión de la creación y apropiación de productos basada en enfrentamientos de clases, en la explotación del uno por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta única expresión: supresión de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad adquirida personalmente, elaborada por uno mismo, la propiedad que constituye la base de toda libertad, actividad e independencia personales.

¡Propiedad elaborada, adquirida, ganada por uno mismo! ¿Habláis de la propiedad pequeñoburguesa, pequeñocampesina, que precedió a la propiedad burguesa? No necesitamos abolirla; el desarrollo de la industria la ha abolido y la está aboliendo todos los días.

¿O habláis acaso de la moderna propiedad privada burguesa?

¿Pero es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, le crea propiedad a éste?

De ninguna manera. Crea el capital, esto es, la propiedad que explota al trabajo asalariado, que sólo puede multiplicarse bajo la condición de producir nuevo trabajo asalariado para explotarlo una vez más. La propiedad, en su forma actual, se mueve en la oposición de capital y trabajo asalariado. Veamos cada uno de los lados de esta oposición.

Ser capitalista significa, no sólo asumir una posición puramente personal en la producción, sino una posición social. El capital es un producto comunitario y sólo puede ponerse en movimiento gracias a una actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad, es más, en última instancia sólo puede ponerse en movimiento gracias a la actividad de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, un poder personal, es un poder social.

Por lo tanto, si el capital se transforma en propiedad comunitaria, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no se transforma propiedad personal en propiedad social. Sólo se transforma el carácter social de la propiedad. Pierde su carácter de clase.

Vayamos al trabajo asalariado:

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, esto es, la suma de los medios de subsistencia necesarios para mantener con vida al trabajador como trabajador. Lo que el obrero asalariado se apropia, pues, gracias a su actividad sólo basta para reproducir su vida escueta. Nosotros no queremos en absoluto abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, destinada a reproducir la vida inmediata, una apropiación que no deja ninguna ganancia neta capaz de proporcionar poder sobre trabajo ajeno. Sólo queremos suprimir el carácter miserable de esa apropiación, carácter por el cual el obrero vive tan sólo para multiplicar el capital, vive tan sólo en la medida en que lo exige el interés de la clase dominante.

En la sociedad burguesa el trabajo vivo es sólo un medio para multiplicar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado es sólo un medio para ampliar el proceso vital de los trabajadores, para enriquecerlo, para favorecerlo.

En la sociedad burguesa domina, pues, el pasado sobre el presente; en la comunista, el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y personal, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y es impersonal.

¡Y a la supresión de esta situación la llama la burguesía supresión de la personalidad y la libertad! Y con razón. Se trata efectivamente de la supresión de la personalidad, independencia y libertad burguesas.

Por libertad se entiende en las actuales relaciones burguesas de producción el comercio libre, la compra y la venta libres.

Pero desaparecido el chalaneo, desaparece también el libre chalaneo. Los dichos acerca del libre chalaneo, como todas las bravatas de nuestra burguesía sobre la libertad, no tienen sentido más que frente al chalaneo encadenado, frente al ciudadano esclavizado de la Edad Media, pero no frente a la supresión comunista del chalaneo, de las relaciones burguesas de producción y de la misma burguesía.

Os horrorizáis de que queramos suprimir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad existente la propiedad está suprimida para nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente gracias a que no existe para nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, que queramos suprimir una propiedad que supone, como una de sus condiciones necesarias, la carencia de propiedad de la inmensa mayoría de la sociedad.

En una palabra, nos reprocháis que queremos suprimir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Desde el momento en que el trabajo no puede ya transformarse en capital, dinero, renta de la tierra, en suma, en un poder social monopolizable, es decir, desde el momento en que la propiedad personal no puede convertirse en propiedad burguesa, desde ese momento declaráis que ha quedado suprimida la persona.

Confesáis, pues, que no entendéis por persona sino al burgués, al propietario burgués. Desde luego, esa persona debe ser suprimida.

El comunismo no quita a nadie el poder de apropiarse productos sociales; sólo quita el poder de servirse de esa propiedad para someter trabajo ajeno.

Se ha objetado que al suprimirse la propiedad privada se dejará de trabajar y se extenderá una holgazanería general.

De ser así, hace ya tiempo que la sociedad burguesa debiera haber sucumbido víctima de la pereza, ya que *los que* en ella trabajan no ganan, y *los que* en ella ganan no trabajan. Toda la objeción desemboca en la tautología de que se acaba el trabajo asalariado en cuanto se acaba el capital.

Todas las objeciones que se dirigen contra el modo de apropiación y producción comunista de productos materiales se han extendido igualmente a la apropiación y producción de productos intelectuales. Al igual que para el burgués la supresión de la propiedad clasista significa la supresión de la producción misma, de igual forma suprimir la educación clasista es para él idéntico a suprimir la educación sin más.

La educación cuya pérdida lamenta el burgués es para la enorme mayoría la educación que convierte en máquina.

Pero no discutáis con nosotros midiendo la supresión de la propiedad burguesa conforme a vuestras representaciones burguesas de libertad, educación, derecho, etc. Vuestras propias ideas son producto de las relaciones de producción y propiedad burguesas, igual que vuestro

derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase elevada a derecho, una voluntad cuyo contenido se halla dado en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Las interesadas representaciones en que vosotros, partiendo de situaciones históricas, que son transitorias en el curso de la producción, convertís vuestras relaciones de producción y propiedad en leyes eternas de la naturaleza y la razón, esas representaciones las compartís con todas las clases dominantes desaparecidas. Lo que vosotros entendéis por propiedad antigua, lo que entendéis por propiedad feudal, ya no debéis entenderlo si se refiere a la propiedad burguesa.

¡Supresión de la familia! Incluso los más radicales pierden los estribos en torno a este vergonzoso propósito de los comunistas.

¿En qué descansa la familia actual, la burguesa? En el capital, en la ganancia privada. En su desarrollo acabado, existe sólo para la burguesía; pero halla su complemento en la forzada carencia de familia de los proletarios y en la prostitución pública.

La familia del burgués desaparece, naturalmente, con la desaparición de ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis que queremos suprimir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este delito. Pero, decís vosotros, eliminamos las relaciones más íntimas sustituyendo la educación familiar por la social.

¿Y no está determinada también vuestra educación por la sociedad? ¿No lo está a través de las relaciones sociales en cuyo seno educáis, a través de la intervención

directa o indirecta de la sociedad, mediante la escuela, etc.? Los comunistas no inventan el influjo de la sociedad en la educación; simplemente cambian su carácter, arrancan de ella el influjo de la clase dominante.

Las expresiones burguesas sobre familia y educación, sobre la íntima relación de padres e hijos, se vuelven tanto más nauseabundas cuanto más se desgarran los lazos familiares de los proletarios a consecuencia de la gran industria, mientras sus hijos se transforman en simples artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

Pero vosotros, comunistas, queréis introducir la comunidad de mujeres, nos grita a coro la burguesía entera.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye que los instrumentos de producción han de ser explotados en común y, naturalmente, no puede imaginarse sino que el destino de la socialización afectará también a las mujeres.

No sospecha que de lo que se trata precisamente es de acabar con la posición de la mujer como mero instrumento de producción.

Por lo demás, nada hay más ridículo que el moralísimo horror de nuestros burgueses sobre la supuesta comunidad oficial de mujeres de los comunistas. Éstos no necesitan introducir la comunidad de mujeres. Casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no contentos con tener a su disposición a las mujeres e hijas de sus proletarios, por no hablar de la prostitución oficial, encuentran un especial placer en la seducción recíproca de sus esposas.

El matrimonio burgués es, de hecho, la comunidad de las esposas. A lo más, se podría reprochar a los comunis-

tas el querer introducir la comunidad de mujeres, hipócritamente oculta, sustituyéndola por una comunidad de mujeres oficial, franca. Por lo demás, cae por su propio peso que con la supresión de las actuales relaciones de producción desaparece también la comunidad de mujeres derivada de ellas, esto es, la prostitución, la oficial y la no oficial.

Se ha reprochado también a los comunistas el querer suprimir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Sigue siendo nacional el proletariado en la medida en que ha de conquistar primero la hegemonía política, en que ha de elevarse a clase nacional, en que ha de constituirse a sí mismo en nación, pero de ningún modo en el sentido de la burguesía.

Los particularismos nacionales y los antagonismos de los pueblos desaparecen cada día más, simplemente con el desarrollo de la burguesía, con la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las formas de vida que a ella corresponden.

El dominio del proletariado va a hacerlos desaparecer más todavía. Acción conjunta, al menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de la liberación del mismo.

En la medida en que se suprime la explotación de un individuo por otro, se suprime la explotación de una nación por otra.

Acabado el antagonismo de las clases dentro de la nación, se acaba la hostilidad de las naciones entre sí.

Las acusaciones dirigidas contra el comunismo, planteadas desde puntos de vista religiosos, filosóficos e

ideológicos en general, no merecen un examen más detallado.

¿Hace falta profundo conocimiento para comprender que al cambiar los hombres sus condiciones de vida, su existencia social, cambian también sus representaciones, sus visiones y conceptos, en una palabra, su conciencia?

¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual cambia de forma con la material? Las ideas dominantes de una época nunca han sido otra cosa que las de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad; con ello no se hace más que expresar el hecho de que en la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, de que, con la disolución de las viejas condiciones de vida, se produce también la disolución de las viejas ideas.

Cuando el viejo mundo estaba a punto de sucumbir, la religión cristiana venció a las viejas religiones. Cuando las ideas cristianas sucumbieron ante las de la ilustración en el siglo XVIII, libraba la sociedad feudal su lucha a muerte con la entonces revolucionaria burguesía. Las ideas de libertad de conciencia y de religión no hacían más que expresar el dominio de la libre concurrencia en la esfera del saber.

«Pero, se dirá, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc. se han modificado, efectivamente, en el curso del desarrollo histórico. La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se han mantenido siempre en medio del cambio.

»Hay, además, verdades eternas, como libertad, justicia, etc. que son comunes a todas las situaciones. Pero el comunismo acaba con las verdades eternas, acaba con la

religión, con la moral, en lugar de darles nueva forma, contradiciendo así todos los desarrollos históricos anteriores.»

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda la sociedad anterior se movió en antagonismos de clase que en distintas épocas tenían distinta forma.

Pero fuese cual fuese la forma que tomara la explotación de una parte de la sociedad por la otra, tal explotación ha sido un hecho común a todos los siglos pasados. Nada tiene, pues, de extraño, que la conciencia social de todos los siglos, pese a su variedad y diferencia, se mueva dentro de ciertas formas comunes de conciencia, formas que sólo se disolverán por completo con la entera desaparición del antagonismo de clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad transmitidas. Nada tiene de extraño que en el proceso de su desarrollo se rompa de la forma más radical con las ideas transmitidas.

Pero dejemos las objeciones de la burguesía contra el comunismo.

Ya vimos antes que el primer paso de la revolución obrera es su elevación a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado utilizará su dominio político para arrebatar progresivamente todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en el estado, esto es, en el proletariado organizado como clase dominante, y para multiplicar lo más rápidamente posible la masa de fuerzas productivas.

Naturalmente, esto sólo puede ocurrir, al principio, por medio de operaciones despóticas sobre el derecho de pro-

piedad y sobre las relaciones burguesas de producción, aplicando, por tanto, medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento llevan más allá y que son inevitables como medio de transformar el modo de producción en su totalidad.

Estas medidas serán distintas, claro está, según los distintos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser aplicables las siguientes casi sin excepción:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta que produzca en gastos del estado.
2. Impuesto fuertemente progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y rebeldes.
5. Centralización del crédito poniéndolo en manos del estado, mediante un banco nacional con capital del estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización de los transportes poniéndolos en manos del estado.
7. Multiplicación de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, roturación y mejora de las propiedades agrarias conforme a un plan comunitario.
8. Igual obligación de trabajar para todos, organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.
9. Unión de la explotación agraria y la industria, medidas para superar paulatinamente la diferencia entre ciudad y campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Eliminación del trabajo infantil en las fábricas en su forma actual. Unión de la educación con la producción material, etc.

Una vez que en el curso del desarrollo han desaparecido las clases y está toda la producción concentrada en manos de los individuos asociados, pierde el poder público su carácter político. El poder político en sentido propio es el poder organizado de una clase para someter a otra. Si el proletariado, en su lucha con la burguesía, se une necesariamente como clase, se hace clase dominante por medio de una revolución y suprime por la fuerza, como clase dominante, las viejas relaciones de producción, suprime, con esas relaciones de producción, las condiciones de existencia de los antagonismos de clase, suprime las clases como tales y, con ello, su propio dominio en cuanto clase.

En lugar de la vieja sociedad burguesa, con sus clases y oposición de las mismas, aparece una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos.

3. Literatura socialista y comunista

1. El socialismo reaccionario

a) El socialismo feudal

Las aristocracias francesa e inglesa estaban llamadas, dada su posición histórica, a escribir panfletos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, la aristocracia volvió a sucumbir ante el odiado advenedizo. Ya no se podía hablar de una lucha política seria. Le quedaba solamente la lucha literaria. Pero tampoco en el terreno de la literatura eran ya posibles las viejas expresiones de la época de la restauración[1]. Para despertar simpatía, la aristocracia tuvo que perder de vista, apa-

1. Engels advierte en la edición inglesa de 1888 que se trata de la época de la restauración francesa, 1814-1830.

rentemente, sus intereses y formular su acta de acusación contra la burguesía en interés solamente de la explotada clase obrera. Preparaba así el desquite de lanzar canciones injuriosas a su nuevo dominador y de susurrarle al oído profecías más o menos preñadas de desgracias.

Surgió así el socialismo feudal, mitad elegía, mitad libelo, mitad eco del pasado, mitad amenaza del futuro, dando a veces en el corazón de la burguesía con un juicio amargo, ingeniosamente demoledor, produciendo siempre un efecto cómico debido a su total incapacidad de comprender la marcha de la moderna historia.

Enarbolaban como bandera el saco de mendigo del proletariado para poner de su parte al pueblo. Pero cuantas veces éste se situó tras ellos, vio en su trasero los viejos escudos feudales y se dispersó con sonoras e irreverentes carcajadas.

Un sector de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra han ofrecido este espectáculo.

Cuando los feudales demuestran que su modo de explotación estaba configurado de manera distinta de la explotación burguesa olvidan sencillamente que ellos explotaban bajo circunstancias y condiciones completamente diferentes, ahora ya anticuadas. Cuando alegan que bajo su dominio no existía el proletariado moderno sencillamente olvidan que la moderna burguesía no era más que un retoño necesario de su orden social.

Por otro lado, enmascaran tan poco el carácter reaccionario de su crítica, que su principal acusación contra la burguesía consiste precisamente en que bajo el régimen de ésta se desarrolla una clase que va a dinamitar todo el antiguo orden social.

A la burguesía le reprochan, más que el haber creado un proletariado sin más, el haber creado un proletariado revolucionario.

De ahí que, en la política práctica, participen en todas las medidas represivas contra la clase obrera y que en su vida cotidiana se las arreglen para recoger las manzanas de oro, a pesar de sus rimbombantes frases, y cambien lealtad, amor, honor, por el chalaneo en la lana de oveja, la remolacha y el aguardiente.

Si el clérigo siempre fue de la mano del feudal, el socialismo clerical hace lo mismo con el socialismo feudal.

Nada más fácil que dar una mano de socialismo al ascetismo cristiano. ¿No se enojó también el cristianismo frente a la propiedad privada, frente al matrimonio, frente al estado? ¿No predicó en su lugar la caridad, la pobreza, el celibato, la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano es sólo el agua bendita con la que el clérigo bendice la rabia del aristócrata.

b) Socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase que se ha visto derrocada por la burguesía, que ha visto languidecer y atrofiarse sus condiciones de vida en la moderna sociedad burguesa. Los vecinos de las ciudades medievales y el estamento de pequeños campesinos fueron los precursores de la moderna burguesía. En los países con menor desarrollo industrial y comercial sigue vegetando esta clase al lado de la burguesía en ascenso.

En los países en los que se ha desarrollado la moderna civilización se ha formado una pequeña burguesía nueva que oscila entre el proletariado y la burguesía y que se forma constantemente de nuevo como sector complementario de la sociedad burguesa. Pero sus miembros son arrastrados incesantemente al proletariado por la concurrencia; es más, con el desarrollo de la gran industria ven acercarse un momento en el que desaparecen por completo como sector independiente de la moderna sociedad y en el que son sustituidos por capataces y domésticos en el comercio, la manufactura, la agricultura.

En países como Francia, donde la clase campesina constituye bastante más de la mitad de la población, era natural que escritores que defendían al proletariado frente a la burguesía fijaran como norma, en su crítica al régimen burgués, la del pequeño burgués y del pequeño campesino, tomando el partido de los obreros desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el cabecilla de esta literatura, no sólo en Francia sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó agudamente las contradicciones existentes en las modernas relaciones de producción. Desveló los hipócritas encubrimientos de los economistas. Demostró de manera irrefutable los efectos destructivos de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad de la tierra, la sobreproducción, las crisis, el necesario hundimiento de los pequeños burgueses y pequeños campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, las escandalosas desigualdades en el reparto de la rique-

za, la guerra industrial de exterminio entre las naciones, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las antiguas nacionalidades.

Sin embargo, si atendemos a su contenido positivo, este socialismo quiere, o bien poner de nuevo en pie los antiguos medios de producción y de tráfico y, con ellos, las antiguas relaciones de propiedad y la vieja sociedad, o bien quiere encerrar violentamente los modernos medios de producción y de tráfico en el marco de las relaciones de propiedad que ellos rompieron, que tuvieron que romper. En ambos casos es reaccionario y, a la vez, utópico.

Gremios en la manufactura y economía patriarcal en el campo, éstas son sus últimas palabras.

En su posterior desarrollo, esta orientación se ha difuminado en un cobarde gimoteo.

c) El socialismo alemán o socialismo «verdadero»

La literatura socialista y comunista de Francia, que surgió bajo la presión de una burguesía dominante y que es expresión de la lucha contra ese dominio, fue introducida en Alemania en una época en que la burguesía acababa de iniciar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos y escritores alemanes se apoderaron con avidez de esta literatura y olvidaron tan sólo que al inmigrar desde Francia a Alemania esos escritos no inmigraron al mismo tiempo las condiciones de vida francesas. Puesta ante la situación alemana, la literatura francesa perdió todo significado inmediato práctico y asumió

un aspecto puramente literario. Tuvo que aparecer como especulación ociosa acerca de la realización del ser humano. De ahí que las reivindicaciones de la primera revolución francesa no tuvieran para los filósofos alemanes del siglo XVIII otro sentido que el de ser reivindicaciones de la «razón práctica» en general, y las expresiones de voluntad de la burguesía francesa revolucionaria representaban, a sus ojos, las leyes de la voluntad pura, de la voluntad como debe ser, de la verdadera voluntad humana.

El único trabajo de los literatos alemanes consistía en armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o más exactamente, en apropiarse de las ideas francesas desde su punto de vista filosófico.

Esta apropiación se produjo de la misma manera en que se aprende una lengua extranjera, traduciéndola.

Se sabe que los monjes escribieron insulsas historias de santos católicos sobre manuscritos en los que se contenían las obras clásicas de la antigua época pagana. Los literatos alemanes procedieron en sentido contrario respecto de la literatura profana francesa. Escribieron su absurdo filosófico detrás del original francés. Por ejemplo, detrás de la crítica francesa de las relaciones dinerarias escribieron «enajenación de la esencia humana», detrás de la crítica francesa del estado de la burguesía «supresión del dominio de lo universal en sentido abstracto», etc.

Al empleo subrepticio de estas expresiones filosóficas en lugar de los desarrollos franceses lo bautizaron como «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etc.

La literatura francesa socialista-comunista quedó así prácticamente castrada. Y como en manos del alemán dejaba de expresar la lucha de una clase contra la otra, creyó el alemán haber superado la «unilateralidad francesa», haber defendido la necesidad de la verdad, en lugar de verdaderas necesidades y, en lugar de los intereses del proletario, los intereses de la esencia humana, los del hombre sin más, del hombre que no pertenece a ninguna clase, que no pertenece en absoluto a la realidad, que sólo pertenece al cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomó tan en serio y tan solemnemente sus torpes ejercicios escolares, pregonándolos con tanta charlatanería, fue perdiendo progresivamente su inocencia pedante.

La lucha de la burguesía alemana, especialmente de la prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquirió mayor seriedad.

De este modo se presentó al «verdadero socialismo» la ocasión propicia de oponer las reivindicaciones socialistas al movimiento político, de arrojar fuera los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el estado representativo, contra la concurrencia burguesa, la libertad de prensa burguesa, el derecho burgués, la libertad e igualdad burguesas, y de predicar a la masa popular que nada tenía que ganar en este movimiento burgués, antes al contrario, todo que perder. El socialismo alemán olvidó oportunamente que la crítica francesa, de la que era eco insípido, supone la moderna sociedad burguesa con sus correspondientes condiciones materiales de vida y su adecuada constitución política, elementos que eran en

Alemania meros presupuestos que había que empezar por conquistar.

Este socialismo, con su corte de clérigos, mentores, hidalgos rústicos y burócratas, sirvió a los regímenes absolutos alemanes de espantajo ideal frente a la burguesía en amenazante ascenso.

Constituyó el complemento dulzarrón de los crueles latigazos y balas de fusil con que esos mismos gobiernos trataban los alzamientos de obreros alemanes.

Además de ser, pues, el «verdadero» socialismo un arma en manos de los gobiernos frente a la burguesía alemana, defendía directamente un interés reaccionario, el del pequeñoburgués alemán. En Alemania, la pequeña burguesía, que desde el siglo XVI constituye la tradicional burguesía, la que reaparece desde entonces bajo diversas formas, es la auténtica base del actual estado de cosas.

Mantener esta pequeña burguesía es mantener el actual estado de cosas en Alemania. Teme, de producirse el dominio industrial y político de la burguesía, un hundimiento seguro, por un lado debido a la concentración del capital, por otro, debido al ascenso de un proletariado revolucionario. Con el «verdadero» socialismo creyó la pequeña burguesía matar ambos pájaros de un tiro. Se extendió como una epidemia.

El ropaje, tejido con la telaraña especulativa, bordado de ingeniosas florituras verbales, empapado de rocío sensual y sentimental, ese fantástico ropaje, en el que los socialistas alemanes envolvían sus cuatro descarnadas «verdades eternas», sólo consiguió multiplicar los compradores de tal mercancía entre ese público.

Por su parte, el socialismo alemán fue reconociendo cada vez más que estaba llamado a ser el grandilocuente defensor de esa pequeña burguesía.

Proclamó a la nación alemana como la nación normal y al engreído alemán como el hombre normal. Dio a cualquier infamia de éste un sentido oculto, superior, socialista, con el que quería decir lo contrario. Sacó la última consecuencia atacando directamente la «groseramente destructiva» orientación del comunismo y anunciando su imparcial superioridad por moverse por encima de todas las luchas de clases.

Todo lo que en Alemania circula como supuestos escritos socialistas y comunistas pertenece, con muy pocas excepciones, al ámbito de esta sucia y enervante literatura[2].

2. El socialismo conservador o burgués

Un sector de la burguesía desea remediar la penosa situación social, con el fin de asegurar la continuidad de la sociedad burguesa.

A este sector pertenecen: economistas, filántropos, humanitarios, reformadores de la situación de las clases trabajadoras, organizadores de beneficencia, los asociados contra la tortura de animales, los fundadores de sociedades de templanza, reformadorcillos de la índole más va-

2. Nota de Engels a la edición alemana de 1890: «La tormenta revolucionaria de 1848 barrió toda esta mezquina orientación y quitó a sus representantes las ganas de seguir operando con el socialismo. Principal representante y tipo clásico de la orientación es el señor Karl Grün».

riopinta. Y este socialismo burgués ha llegado incluso a erigirse en sistemas enteros.

Como ejemplo citamos *Philosophie de la misère*[3], de Proudhon.

Los socialistas burgueses quieren las condiciones de vida de la moderna sociedad sin las luchas y peligros que de ella derivan necesariamente. Quieren la sociedad existente sin los elementos que la revolucionan y disuelven. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía considera el mundo en el que domina como el mejor, cómo no. El socialismo burgués elabora esta consideración convirtiéndola en un semisistema o en un sistema entero. Cuando invita al proletariado a realizar sus sistemas para entrar en la nueva Jerusalén, lo único que exige en realidad es que permanezca en la sociedad actual, pero borrando la odiosa imagen que de ella tiene.

Una segunda forma de este mismo socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intentaba quitar a la clase obrera el gusto por cualquier movimiento revolucionario demostrando que sólo podía sacarse provecho de un cambio de las condiciones materiales de vida, de las condiciones económicas, no de uno u otro cambio político. Por «cambio de las condiciones materiales de vida» no entiende este socialismo, en absoluto, abolición de las relaciones de producción burguesas, que sólo es posible por vía revolucionaria, sino mejoras administrativas que se realizan en el marco de esas relaciones de producción,

3. *Filosofía de la miseria.* A esta obra respondió Marx con su *Misère de la philosophie. Réponse à la Philosophie de la misère de M. Proudhon* (1847). La obra de Marx fue traducida al español por Mesa en 1891, con el título *Miseria de la filosofía*.

que nada cambian, pues, en la relación entre capital y trabajo asalariado, sino que en el mejor de los casos disminuyen para la burguesía los costes de su dominio y simplifican su administración del estado.

Su expresión adecuada la alcanza el socialismo burgués sólo cuando se convierte en mera figura retórica.

¡Librecambio!, en interés de la clase obrera ¡Aranceles proteccionistas!, en interés de la clase obrera. ¡Prisiones celulares!, en interés de la clase obrera: ésta es su última palabra, la única seria que pronuncia el socialismo burgués.

El socialismo de la burguesía consiste justamente en afirmar que los burgueses son burgueses... en interés de la clase obrera.

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos

No hablamos aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas expresó las reivindicaciones del proletariado (escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas del proletariado de imponer directamente sus propios intereses de clase en una época de agitación general, en la del derribo de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente por la forma, aún no desarrollada, del mismo proletariado, como también por la falta de condiciones materiales de su liberación, condiciones que son precisamente producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompañó estos primeros movimientos del proletariado es, por su contenido, necesariamente reaccionaria. Enseña un ascetismo general y un tosco igualitarismo.

Los genuinos sistemas socialistas y comunistas, los de Saint-Simon, Fourier, Owen, etc., aparecen en la primera época, falta de desarrollo, de la lucha entre proletariado y burguesía, la época que antes hemos descrito (véase «Burgueses y proletarios»).

Los inventores de estos sistemas ven, ciertamente, el antagonismo de las clases, al igual que la efectividad de los elementos disolventes contenidos en la misma sociedad dominante. Pero no vislumbran ninguna acción histórica independiente por parte del proletariado, ningún movimiento político peculiarmente suyo.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va parejo al de la industria, no encuentran tampoco las condiciones materiales para la liberación del proletariado y buscan una ciencia social, leyes sociales, que creen esas condiciones.

En lugar de la actividad social, tiene que intervenir su personal actividad inventiva; en lugar de las condiciones históricas de la liberación, una organización fantástica; en lugar de la gradual organización del proletariado en clase, una organización de la sociedad imaginada para el caso. La futura historia mundial se reduce para ellos a la propaganda y la realización práctica de sus proyectos de sociedad.

Tienen conciencia, eso sí, de defender en sus planes principalmente los intereses de la clase obrera como la clase que más sufre. El proletariado sólo existe para ellos bajo este punto de vista, como la clase que más sufre.

La forma todavía no desarrollada de la lucha de clases, así como su propia situación social, les lleva, sin embargo, a creer que están muy por encima de ese antagonismo

de clases. Quieren mejorar la condición de vida de todos los miembros de la sociedad, incluida la de los mejor situados. De ahí que apelen continuamente a toda la sociedad sin distinciones, es más, preferentemente a la clase dominante. No hace falta más que comprender su sistema para reconocerlo como el mejor plan posible de la mejor sociedad posible.

Consecuentemente, rechazan toda acción política, especialmente la revolucionaria; quieren conseguir su objetivo por vía pacífica e intentan abrir camino al nuevo evangelio social mediante pequeños experimentos –que, naturalmente, fracasan–, mediante la fuerza del ejemplo.

Esa fantástica descripción de la sociedad futura surge en una época en la que el proletariado se halla todavía muy poco desarrollado, en que, consiguientemente, él mismo concibe su posición de manera fantástica todavía, siguiendo su primer apremio, lleno de presentimientos, de transformar la sociedad de modo general.

Pero los escritos socialistas y comunistas contienen también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Por ello han proporcionado muy valiosos materiales para ilustrar a los trabajadores. Sus tesis positivas sobre la sociedad futura, por ejemplo, supresión del contraste entre ciudad y campo, supresión de la familia, de la ganancia privada, del trabajo asalariado, o el anuncio de la armonía social, la transformación del estado en mera administración de la producción, todas estas manifestaciones no hacen más que expresar la desaparición del antagonismo de clases, antagonismo que comienza ahora a desarrollarse y al que sólo conocen en

su indeterminación amorfa. De ahí que esas tesis, en sí mismas, tengan todavía un sentido utópico.

La importancia del socialismo y comunismo crítico-utópico es inversamente proporcional al desarrollo histórico. A medida que se desarrolla y adquiere forma la lucha de clases, pierde todo valor, toda justificación teórica, esta fantástica elevación por encima de ella, este fantástico combate contra ella. De ahí que, si bien eran revolucionarios también en muchos aspectos los creadores de este sistema, sean reaccionarias todas las sectas creadas por sus discípulos. Se aferran a las viejas concepciones de sus maestros frente al posterior desarrollo del proletariado. Intentan, pues, de forma consecuente, atenuar la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Sueñan todavía en la realización, a modo de ensayo, de sus utopías sociales, en la fundación de falansterios[4] aislados, de *home-colonies*[5], de una pequeña Icaria –edición en dozavo de la nueva Jerusalén–, y para fundar todos esos castillos de naipes tienen que apelar a la filantropía de los corazones y bolsillos burgueses. Paulatinamente van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores antes descritos y sólo se diferencian de ellos por una pedantería más sistemática, por su fanática y supersticiosa fe en los efectos milagrosos de su ciencia social.

4. Nota de Engels a la edición inglesa de 1888: «Falansterio era el nombre de las colonias socialistas proyectadas por Charles Fourier; Icaria llamaba Cabet a su utopía y, más tarde, a su colonia comunista en América».
5. Nota de Engels a la edición alemana de 1890: «Home-colonies (colonias interiores) llama Owen a sus sociedades comunistas modelo. Falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Icaria se llamaba el utópico país fantástico cuyas instituciones comunistas describió Cabet».

Por ello se oponen con saña a todo movimiento político de los obreros, el cual no puede proceder sino de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas en Inglaterra, los fourieristas en Francia, reaccionan, allí contra los cartistas, aquí contra los reformistas.

4. Actitud de los comunistas respecto de los distintos partidos de oposición

Tras lo dicho en el capítulo II, se comprende sin más la relación de los comunistas con los partidos obreros ya constituidos, esto es, su relación con los cartistas en Inglaterra y los reformadores agrarios en Norteamérica.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera, pero, a la vez, defienden en el actual movimiento el futuro del movimiento. En Francia los comunistas se unen al Partido Socialista Democrático[1] contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar al derecho de comportarse críticamente en relación con las frases e ilusiones derivadas de la tradición revolucionaria.

1. Nota de Engels a la edición inglesa de 1888: «El partido representado entonces por Ledru-Rollin en el parlamento, por Louis Blanc en la literatura y por *La Réforme* en la prensa diaria. El nombre Socialista Democrático significaba entre esos inventores del mismo una sección del partido democrático o republicano con tintes más o menos socialistas».

En Suiza, los comunistas apoyan a los radicales, sin desconocer que ese partido consta de elementos contradictorios, que son en parte socialistas democráticos en sentido francés, en parte burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que pone como condición de la liberación nacional una revolución agraria, al mismo partido que dio vida a la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania lucha el partido comunista junto a la burguesía –siempre que ésta actúe revolucionariamente– frente a la monarquía absoluta, la propiedad feudal de la tierra y la pequeña burguesía.

Pero en ningún momento olvida acentuar la creación entre los trabajadores de una conciencia lo más clara posible del antagonismo hostil existente entre burguesía y proletariado, con el fin de que los obreros alemanes sepan de inmediato convertir las condiciones sociales y políticas que la dominación burguesa ha de traer consigo en otras tantas armas contra ella, para que, una vez derribadas las clases reaccionarias en Alemania, comience enseguida la lucha contra la burguesía misma.

Los comunistas fijan su atención de modo especial en Alemania, debido a que está en vísperas de una revolución burguesa y a que realizará esta transformación bajo condiciones más avanzadas respecto de la civilización europea en general y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, de manera que la revolución burguesa alemana no puede ser otra cosa que el preludio de una revolución proletaria.

En una palabra, los comunistas apoyan en todas partes cualquier movimiento revolucionario contra la existente situación social y política.

En todos estos movimientos destacan la cuestión de la propiedad, sea cual sea el nivel de desarrollo que haya alcanzado su forma, como la cuestión básica del movimiento.

Los comunistas, finalmente, trabajan en todas partes por la unión y el entendimiento de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas rechazan ocultar sus opiniones y propósitos. Declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden alcanzarse mediante el derribo violento de todo el orden social hasta ahora existente. Que tiemblen las clases dominantes ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen en ella nada que perder, sino sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Prefacios de la década de 1870 y posteriores

Prefacio a la edición alemana de 1872

La Liga de los Comunistas, asociación obrera internacional que, dadas las condiciones de entonces, sólo podía ser secreta, encargó a los abajo firmantes, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, la redacción de un programa de partido, destinado al público, un programa detallado tanto desde el punto de visto teórico como práctico. Así nació el siguiente *Manifiesto,* cuyo manuscrito fue enviado a Londres para su impresión pocas semanas antes de la revolución de febrero[1]. Primero se imprimió en alemán, lengua en la que ha tenido al menos doce ediciones en Alemania, Inglaterra y América. La primera versión inglesa apareció en 1850, en Londres, en el *Red Republican,* traducido por Miss

1. Se trata de la revolución de febrero de 1848 en Francia.

Helen Macferlane, y después, en 1871, en al menos tres diferentes traducciones en América. En francés apareció por primera vez en París, poco antes de la insurrección de junio de 1848, y recientemente en *Le Socialiste,* de Nueva York. Se prepara una nueva traducción en polaco, en Londres, poco después de su primera edición alemana. En ruso, en Ginebra, en los años 60. Igualmente, se tradujo al danés poco después de su aparición.

Por más que haya cambiado la situación en los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* conservan, en términos generales, toda su vigencia todavía hoy. Habría que corregir algunos detalles. La aplicación práctica de estos principios, declara el propio *Manifiesto,* dependerá en todas partes y en todo momento de las condiciones históricamente existentes, por lo que no se concede ningún peso especial a las medidas revolucionarias que se proponen al final del capítulo II. Este pasaje tendría hoy una formulación distinta en bastantes aspectos. Comparado con el inmenso desarrollo de la gran industria en los últimos veinticinco años y de la paralela organización, cada vez mayor, de la clase obrera como partido; comparado con las experiencias prácticas, en primer lugar de la revolución de febrero y, mucho más todavía, de la Comuna parisina, en la que, por primera vez, el proletariado tuvo en sus manos el poder político durante dos meses, este programa ha quedado hoy anticuado en algunos puntos. La Comuna ha demostrado, en particular, que «la clase obrera no puede tomar sencillamente la máquina del estado tal cual está y ponerla en movimiento para sus propios fines». (Véase *La guerra civil en Francia. Circular del*

Consejo General de La Asociación Internacional de Trabajadores, p. 19 de la edición alemana, donde se desarrolla esto más por extenso). Además, es obvio que la crítica de la literatura socialista tiene lagunas para el día de hoy, ya que sólo alcanza hasta 1847; es igualmente obvio que las observaciones acerca de la posición de los comunistas respecto de los diferentes partidos de oposición (capítulo IV), siendo todavía hoy correctas en los trazos fundamentales, están anticuadas en su desarrollo práctico, dado que la situación política se ha transformado totalmente y el desarrollo histórico ha hecho desaparecer a la mayoría de los partidos allí reseñados.

Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico en el que no nos sentimos ya autorizados a introducir modificaciones.

Quizás aparezca una edición posterior con una introducción que cubra la laguna que va desde 1847 hasta hoy; la presente reimpresión ha llegado tan inesperadamente para nosotros, que no nos ha dado tiempo de emprenderla.

Londres, 24 de junio de 1872
Karl Marx - Friedrich Engels

Prefacio a la edición rusa de 1882[2]

La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista,* traducido por Bakunin, apareció a principios de los años sesenta en la imprenta del *Kolokol.* Occiden-

2. Traducción del texto original alemán.

te no podía ver entonces en ella (en la edición rusa del *Manifiesto)* más que una curiosidad literaria. Hoy sería imposible semejante manera de ver.

Cuán limitado terreno ocupaba entonces (diciembre de 1847) el movimiento proletario lo muestra del modo más claro el capítulo final del *Manifiesto:* «Posición de los comunistas respecto de los distintos partidos de oposición en los diferentes países». En él faltan precisamente Rusia y los Estados Unidos. Era la época en que Rusia constituía la última gran reserva de toda la reacción europea, en la que los Estados Unidos absorbían el exceso de proletariado de Europa a través de la emigración. Ambos países suministraban a Europa materias primas y eran, a la vez, mercados en los que se colocaban sus productos industriales. Ambos países eran, pues, de una u otra forma, columnas de la sociedad europea existente.

¡Qué diferencia hoy! Ha sido precisamente la emigración europea a los Estados Unidos la que ha dado a Norteamérica una gigantesca capacidad de producción agraria, cuya concurrencia sacude las bases de la propiedad territorial europea –la grande y la pequeña–. Además, ha permitido a los Estados Unidos explotar sus enormes recursos industriales con tal energía y hasta un nivel tan elevado, que tiene que romper dentro de poco el monopolio industrial que hasta ahora poseía Europa Occidental y, especialmente, Inglaterra. Ambas circunstancias inciden revolucionariamente sobre la misma América de modo retrospectivo. La pequeña y mediana propiedad agraria del granjero, base de toda la constitución política, sucumben progresivamente a la concurrencia de las inmensas granjas; en los distritos industriales se desarrollan, al mismo

tiempo, por primera vez, grandes masas de proletariado y una fabulosa concentración del capital.

¡Y ahora Rusia! Durante la revolución de 1848/1849, no sólo los monarcas europeos, sino también los burgueses europeos consideraron la intervención rusa como su única salvación ante el proletariado que empezaba a despertar. El zar fue proclamado jefe de la reacción europea. Hoy es en Gátchina prisionero de guerra de la revolución, y Rusia es la vanguardia de la acción revolucionaria europea.

El *Manifiesto Comunista* tenía como misión proclamar la inevitable y próxima desaparición de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, frente al fraude capitalista en rápido crecimiento y a una propiedad territorial burguesa en incipiente desarrollo, encontramos más de la mitad del suelo como propiedad común de los campesinos. La cuestión es, pues: ¿puede la *obchina* rusa, aun siendo una forma ya muy corrompida de la primitiva propiedad común de la tierra, pasar directamente a la forma superior de la propiedad común comunista? ¿O bien, por el contrario, tiene que recorrer el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta hoy posible a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa se convierte en la señal de una revolución proletaria en Occidente, de forma que ambas se complementen, entonces puede la actual propiedad común rusa de la tierra servir como punto de arranque de un desarrollo comunista.

Londres, 21 de enero de 1882
Karl Marx - F. Engels

Prefacio a la edición alemana de 1883

Lamentablemente tengo que firmar solo el prefacio de la presente edición. Marx, el hombre al que toda la clase obrera de Europa y América debe más que a cualquier otro, reposa en el cementerio de Highgate, y sobre su tumba empieza a crecer la primera hierba. Después de su muerte es cuando no se puede hablar ya de reelaborar o completar el *Manifiesto*. Por ello considero tanto más necesario declarar expresamente de nuevo lo siguiente.

La idea básica y siempre presente del *Manifiesto,* que la producción económica y la estructura social que necesariamente deriva de ella en cada época histórica constituye la base de la historia política e intelectual de esa época; que, de acuerdo con ello (desde la disolución de la primitiva propiedad común de la tierra), toda esa historia ha sido una historia de luchas de clases, luchas entre clases explotadas y explotadoras, de dominados y dominantes en las distintas fases del desarrollo social; pero que ahora ha alcanzado esta lucha un grado en el que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede liberarse de la clase que la explota y oprime (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo, para siempre, a la sociedad entera de explotación, opresión y luchas de clases; esta idea básica pertenece única y exclusivamente a Marx.

Lo he manifestado a menudo, pero ahora precisamente es necesario que conste al comienzo del mismo *Manifiesto*.

Londres, 28 de junio de 1883
F. Engels

Prefacio a la edición inglesa de 1888[3]

El *Manifiesto* se publicó como plataforma de la Liga de los Comunistas, una asociación obrera exclusivamente alemana al principio, después internacional, que era inevitablemente secreta bajo las condiciones políticas existentes en Europa antes de 1848. En el congreso de la Liga, celebrado en Londres, en noviembre de 1847, se encargó a Marx y Engels que organizaran la publicación de un programa completo del partido, teórico y práctico. Escrito en lengua alemana, el manuscrito fue enviado a Londres para su impresión, en enero de 1848, pocas semanas antes de la revolución francesa del 24 de febrero del mismo año. Se publicó una traducción francesa en París, poco antes de la insurrección de junio de 1848. La primera traducción inglesa, realizada por Miss Helen Macferlane, apareció en Londres, en1850, en el *Red Republican* de George Julian Harney. Se publicó igualmente una traducción danesa y una polaca.

La derrota de la insurrección de París, de junio de 1848 –esa primera gran batalla entre proletariado y burguesía– de nuevo hizo retroceder momentáneamente a un segundo plano las aspiraciones sociales y políticas de la clase obrera de Europa. Desde entonces se ha desarrollado la lucha por la supremacía, una vez más, como en la época anterior a la revolución de febrero, sólo entre grupos distintos de la clase poseedora; la clase obrera hubo de limitarse a una lucha por moverse libremente en

3. Traducción del inglés.

el terreno político y a la posición de ala más a la izquierda de la burguesía radical. Allí donde algún movimiento proletario independiente continuó dando señales de vida, fue sofocado sin piedad. Así, la policía prusiana localizó la dirección central de la Liga de los Comunistas, que estaba entonces en Colonia. Sus miembros fueron detenidos y, tras dieciocho meses de arresto, sometidos a juicio en octubre de 1852. Este célebre «Proceso de los comunistas de Colonia» duró desde el 4 de octubre hasta el 12 de noviembre; siete de los detenidos fueron condenados a penas que variaban entre tres y seis años de prisión en una fortaleza. Inmediatamente después de la sentencia condenatoria, los miembros que todavía quedaban disolvieron formalmente la Liga. Por lo que toca al *Manifiesto,* parecía condenado desde entonces a caer en el olvido.

Una vez que la clase obrera europea volvió a reunir fuerza suficiente para lanzar un nuevo ataque sobre la clase dominante, nació la Asociación Internacional de los Trabajadores. Pero esta asociación, que fue fundada con el objetivo expreso de unir a todo el proletariado militante de Europa y América en un único cuerpo, no podía proclamar enseguida los principios consignados en el *Manifiesto*. La Internacional debía tener un programa lo suficientemente amplio como para ser aceptable para las trade-unions inglesas, para los seguidores franceses, belgas, italianos y españoles de Proudhon, así como para los lassalleanos alemanes. Marx, que redactó este programa a satisfacción de todos los partidos, confiaba plenamente en el desarrollo intelectual de la clase obrera, desarrollo que derivaría

necesariamente de su actuación conjunta y su discusión en común. Los acontecimientos y vicisitudes en la lucha contra el capital, las derrotas, más todavía que las victorias, no podían menos de hacer ver a los hombres la insuficiencia de sus diversas panaceas favoritas y desbrozar el camino para una comprensión más completa de las verdaderas condiciones de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Cuando, en el año 1874, se desmoronó la Internacional, ésta dejó a los obreros en una situación ya totalmente distinta de la que había en el momento de su fundación, en 1864. El proudhonismo en Francia y el lassalleanismo en Alemania se estaban extinguiendo, e incluso las conservadoras trade-unions inglesas, a pesar de haber roto, en su mayoría, cualquier lazo con la Internacional desde tiempo atrás, se acercaban paulatinamente al punto en el que su presidente podía declarar, hablando en nonbre de ellas en Swansea, el año pasado: «El socialismo continental ha dejado de aterrorizarnos». De hecho, los principios del *Manifiesto* habían progresado considerablemente entre los trabajadores de todos los países.

De esta forma, el mismo *Manifiesto* apareció, una vez más, en el primer plano. Desde 1850, el texto alemán había sido reeditado varias veces en Suiza, Inglaterra y América. En 1872 se tradujo al inglés, en Nueva York, traducción que se publicó en la revista *Woodhull & Clafin's Weekly*. También se publicó en *Le Socialiste,* de Nueva York, una traducción francesa, basada en el texto de esa versión inglesa. Desde entonces se han publicado en América al menos dos traducciones inglesas,

más o menos deformadas, una de las cuales ha sido reimpresa en Inglaterra. La primera versión rusa, realizada por Bakunin, se editó hacia 1863 en la imprenta del *Kolokol* de Herzen, en Ginebra; una segunda versión, igualmente en Ginebra, fue realizada por la heroica Vera Sasúlich, en 1882. Hay una nueva versión danesa en la «Social-demokratisk Bibliotek», en Copenhague, 1885; nueva versión francesa en *Le Socialiste,* de París, en 1886. Siguiendo el texto de ésta, se realizó una versión española, que se preparó y publicó en Madrid en 1886[4]. No es posible dar la cifra exacta de las reimpresiones alemanas, que han sido al menos doce. Una versión al armenio, que debía publicarse en Constantinopla hace unos meses, no vio la luz del mundo debido a que el editor, según me comunican, tenía miedo de publicar un libro en el que figura el nombre de Marx, y el traductor ha rechazado decir que es obra propia. He oído hablar de traducciones a otros idiomas, pero no las he visto. La historia del *Manifiesto* refleja, pues, en gran medida la historia del movimiento obrero moderno; actualmente es sin duda la obra más ampliamente difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, la plataforma común, reconocida por millones de trabajadores, desde Siberia a California.

Sin embargo, no lo hubiésemos podido llamar manifiesto *socialista* cuando lo escribimos. En 1847 se enten-

4. Engels olvida aquí precisar que Mesa había traducido el *Manifiesto* en 1872 y que *El Socialista* no hacía en 1886 sino reproducir el texto traducido por Mesa.

día por socialista, de un lado, a los partidarios de los diferentes sistemas utópicos: los owenistas en Inglaterra, los furieristas en Francia, convertidos ambos paulatinamente en meras sectas en extinción y venidos ya a menos; de otro, los más diversos charlatanes sociales que, con toda clase de chapucerías, prometían terminar con los males sociales de todo tipo, sin ningún peligro para el capital y la ganancia. En ambos casos se trataba de gente que se hallaba fuera del movimiento obrero y que más bien buscaba apoyo entre las clases «cultas». Cualquier sector de la clase obrera que estuviese convencido de la insuficiencia de un mero cambio político exigía una transformación social entera; tal sector se llamaba entonces comunista. Era un tipo de comunismo tosco, sin pulir, puramente instintivo, pero daba en el punto clave y tenía suficiente poder en la clase obrera para producir el comunismo utópico, en Francia el de Cabet, en Alemania el de Weitling. El socialismo era, pues, en 1847, un movimiento de la clase media, mientras que el comunismo lo era de la clase obrera. El socialismo era, al menos en el continente, «respetable»; el comunismo era justamente lo contrario. Como nosotros opinábamos, desde el principio, que «la emancipación de la clase obrera tiene que ser obra de la misma clase obrera», no podía haber duda ninguna acerca de cuál de los dos nombres debíamos elegir. Más todavía, desde entonces estamos lejos de rechazarlo.

Aunque el *Manifiesto* fue un trabajo conjunto de ambos, me siento obligado a manifestar que su proposición básica, la que constituye su núcleo, pertenece a Marx. Esta proposición consiste en que: en cada épo-

ca histórica, el modo de producción y cambio económico predominante, así como la estructura social que necesariamente deriva de él, constituye la base sobre la cual se construye la historia política e intelectual de esa época y desde la cual –y sólo desde ella– se puede explicar tal historia; en que, consiguientemente, la historia entera de la humanidad (desde la disolución de la primitiva sociedad tribal con su propiedad común de la tierra) ha sido una historia de luchas de clases, contiendas entre explotadores y explotados, dominantes y oprimidos; en que la historia de estas luchas de clases forma una serie de fases cuyo desarrollo ha llegado ahora a un punto en el que la clase explotada y oprimida –el proletariado– no puede alcanzar su liberación del imperio de la clase explotadora y dominante –la burguesía– sin liberar simultáneamente de toda explotación y opresión, de toda diferencia de clases y de toda lucha de clases, de una vez por todas, a la sociedad entera.

A esta proposición, que en mi opinión está destinada a desempeñar en la ciencia histórica el mismo papel que la teoría de Darwin ha desempeñado en la biología, a esta proposición nos habíamos acercado ambos paulatinamente, ya varios años antes de 1845. En qué medida avancé yo en esta dirección, por mi cuenta, tiene su mejor manifestación en mi libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Pero cuando, en la primavera de 1845, volví a encontrarme con Marx en Bruselas, él la había elaborado por entero y me la expuso en términos casi tan claros como los empleados aquí para hacerla constar.

De nuestro prefacio conjunto a la edición alemana de 1872 cito lo siguiente[5]: «Por más que haya cambiado la situación en los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* conservan, en términos generales, toda su vigencia todavía hoy. Habría que corregir algunos detalles. La aplicación práctica de estos principios, declara el propio *Manifiesto,* dependerá en todas partes y en todo momento de las condiciones históricamente existentes, por lo que no se concede ningún peso especial a las medidas revolucionarias que se proponen al final del capítulo II. Este pasaje tendría hoy una formulación distinta en bastantes aspectos. Comparado con el inmenso desarrollo de la gran industria en los últimos veinticinco años y de la paralela organización, cada vez mayor, de la clase obrera como partido; comparado con las experiencias prácticas, en primer lugar de la revolución de febrero y, mucho más todavía, de la Comuna parisina, en la que, por primera vez, el proletariado tuvo en sus manos el poder político durante dos meses, este programa ha quedado hoy anticuado en algunos puntos. La Comuna ha demostrado, en particular, que "la clase obrera no puede tomar sencillamente la máquina del estado tal cual está y ponerla en movimiento para sus propios fines". (Véase *La guerra civil en Francia. Circular del Consejo General de La Asociación Internacional de Trabajadores,* p. 19 de la edición alemana, donde se desarrolla esto más por extenso). Además, es obvio que

5. No retraduzco del inglés este texto del prefacio de 1872, sino que lo tomo directamente de la versión del texto alemán.

la crítica de la literatura socialista tiene lagunas para el día de hoy, ya que sólo alcanza hasta 1847; es igualmente obvio que las observaciones acerca de la posición de los comunistas respecto de los diferentes partidos de oposición (capítulo IV), siendo todavía hoy correctas en los trazos fundamentales, están anticuadas en su desarrollo práctico, dado que la situación política se ha transformado totalmente y el desarrollo histórico ha hecho desaparecer a la mayoría de los partidos allí reseñados.

»Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico en el que no nos sentimos ya autorizados a introducir modificaciones».

La presente traducción es de Samuel Moore, el traductor de la mayor parte de *El capital,* de Marx. La hemos revisado conjuntamente y he añadido algunas notas aclaratorias de alusiones históricas.

Londres, 30 de enero de 1888
Friedrich Engels

Prefacio a la edición alemana de 1890

Desde que fue escrito lo que precede[6], otra vez hace falta una nueva edición alemana del *Manifiesto,* y ha habido hechos de todo tipo relacionados con el *Manifiesto,* hechos que quiero mencionar aquí.

6. Engels se refiere al prefacio de la edición alemana de 1883.

Una segunda traducción rusa –de Vera Sasúlich– apareció en Ginebra en 1882; el prefacio fue escrito por Marx y por mí. Lamentablemente, se me ha extraviado el manuscrito original alemán, por lo que tengo que retraducir del ruso, cosa que en nada beneficia al texto. Dice así[7]: «Por más que haya cambiado la situación en los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* conservan, en términos generales, toda su vigencia todavía hoy. Habría que corregir algunos detalles. La aplicación práctica de estos principios, declara el propio *Manifiesto,* dependerá en todas partes y en todo momento de las condiciones históricamente existentes, por lo que no se concede ningún peso especial a las medidas revolucionarias que se proponen al final del capítulo II. Este pasaje tendría hoy una formulación distinta en bastantes aspectos. Comparado con el inmenso desarrollo de la gran industria en los últimos veinticinco años y de la paralela organización, cada vez mayor, de la clase obrera como partido; comparado con las experiencias prácticas, en primer lugar de la revolución de febrero y, mucho más todavía, de la Comuna parisina, en la que, por primera vez, el proletariado tuvo en sus manos el poder político durante dos meses, este programa ha quedado hoy anticuado en algunos puntos. La Comuna ha demostrado, en particular, que "la clase obrera no puede tomar sencillamente la máquina del estado tal cual está y ponerla en movimiento para sus propios fines". (Véase *La guerra civil en Francia. Circular del*

7. Aunque Engels había perdido el texto original alemán, se conserva hoy y de él se traduce aquí.

Consejo General de La Asociación Internacional de Trabajadores, p. 19 de la edición alemana, donde se desarrolla esto más por extenso). Además, es obvio que la crítica de la literatura socialista tiene lagunas para el día de hoy, ya que sólo alcanza hasta 1847; es igualmente obvio que las observaciones acerca de la posición de los comunistas respecto de los diferentes partidos de oposición (capítulo IV), siendo todavía hoy correctas en los trazos fundamentales, están anticuadas en su desarrollo práctico, dado que la situación política se ha transformado totalmente y el desarrollo histórico ha hecho desaparecer a la mayoría de los partidos allí reseñados.

»Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico en el que no nos sentimos ya autorizados a introducir modificaciones».

Una nueva traducción polaca apareció por la misma época en Ginebra: *Manifest komunistyczny*.

Además apareció una nueva traducción danesa en «Socialdemokratisk Bibliotek», de Copenhague, en 1885. Lamentablemente, no es del todo completa; algunos pasajes esenciales, que al parecer causaron problemas al traductor, fueron sencillamente omitidos, y se observan también aquí y allí muestras de descuido, que llaman tanto más penosamente la atención cuanto que salta a la vista que el traductor hubiese podido llegar a un excelente resultado de haber sido algo más cuidadoso.

En 1886 apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste,* de París; es la mejor publicada hasta ahora.

Siguiendo su texto, salió en el mismo año una traducción española, primero en el madrileño semanario *El So-*

cialista, y después como folleto: *Manifiesto del Partido Comunista,* por Carlos Marx y F. Engels, Madrid, Administración de *El Socialista,* Hernán Cortés, 8[8].

Como curiosidad, mencionaré también que en 1887 se ofreció a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia; pero el buen hombre no tuvo el valor de imprimir algo en que figurara el nombre de Marx, y opinaba que el mismo traductor debía llamarse autor, cosa que éste rechazó.

Después de que aparecieran ora una traducción, ora otra, de las más o menos incorrectas que se han realizado en América, reimpresas una y otra vez en Inglaterra, apareció, por fin, una versión auténtica en el año 1888. Es obra de mi amigo Samuel Moore, y ha sido revisada nuevamente por nosotros dos antes de su impresión. Su título es: *Manifesto of the Communist Party,* by Karl Marx and Frederick Engels. Authorized English Translation, edited and annoted by Frederik Engels, 1888. London, William Reeves, 185 Fleet St. E. C. Algunas de las anotaciones de esa edición las he utilizado para la presente.

El *Manifiesto* ha tenido un recorrido vital propio. Aunque en el momento de su aparición recibió el saludo entusiasta de la entonces aún escasa avanzadilla del socialismo científico (como lo demuestran las numerosas traducciones consignadas en el primer prefacio), pronto quedó relegado a un segundo plano por la incipiente reacción que siguió a la derrota de los obreros parisinos en junio de 1848 y, finalmente, fue desterrado, «por moti-

8. Engels olvida aquí la traducción realizada por Mesa en 1872.

vos jurídicos», en virtud de la condena de los comunistas de Colonia en noviembre de 1852. Al desaparecer de la escena pública el movimiento obrero nacido en la revolución de febrero, también el *Manifiesto* pasó a un segundo plano.

Una vez que la clase obrera europea se hubo fortalecido suficientemente para tomar nuevo impulso contra el poder de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de Trabajadores. Tenía como objetivo fundir en un *único* gran ejército todo el mundo obrero militante de Europa y América. No podía, pues, *partir* de los principios consignados en el *Manifiesto*. Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las trade-unions inglesas, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles y a los lassalleanos alemanes. Este programa –los considerandos de los estatutos de la Internacional– lo esbozó Marx con una maestría reconocida incluso por Bakunin y por los anarquistas. En cuanto al triunfo definitivo de las tesis expuestas en el *Manifiesto,* Marx confiaba exclusivamente en el desarrollo intelectual de la clase obrera, tal como deriva necesariamente de su acción conjunta y de su discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes en la lucha contra el capital, las derrotas, más todavía que las victorias, no podían por menos de mostrar a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas hasta ahora seguidas y de hacer que sus mentes estuviesen más abiertas a la plena comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, al disolverse la Internacional, era completamente distinta de lo que había sido en 1864, al

fundarse la asociación. El proudhonismo en los países latinos, el lassalleanismo específico de Alemania, se estaban extinguiendo, e incluso las trade-unions de entonces, marcadamente conservadoras, se aproximaban paulatinamente a un punto en el que su presidente pudo decir en el congreso de Swansea, en 1887, hablando en nombre de ellas: «El socialismo continental ha dejado de aterrorizarnos».

Pero el socialismo continental no era ya en 1887 apenas otra cosa que la teoría anunciada en el *Manifiesto*. De ahí que la historia del *Manifiesto* refleje, hasta cierto punto, la historia del moderno movimiento obrero desde 1848. En la actualidad es sin duda el producto más difundido, el más internacional, de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de trabajadores de todo el mundo, desde Siberia a California.

Y, sin embargo, cuando apareció no hubiésemos podido llamarlo un manifiesto *socialista*. Por «socialistas» se entendía en 1847 dos tipos de gente: de un lado, los partidarios de los distintos sistemas utópicos, especialmente los owenistas en Inglaterra y los furieristas en Francia, venidos ya ambos a menos entonces y convertidos en meras sectas paulatinamente en extinción. De otro, los más variopintos curanderos sociales que, con sus diferentes panaceas y con toda clase de chapucerías, querían acabar con los males sociales, sin el menor daño para el capital ni para la ganancia. En ambos casos, gentes que estaban fuera del movimiento obrero y que, por el contrario, buscaban apoyo en las clases «cultas». En cambio, el sector de la clase obrera que, convencido de la in-

suficiencia de meros cambios políticos, exigía una transformación a fondo de la sociedad, este sector se llamaba entonces *comunista*. Era un comunismo sólo toscamente elaborado, sólo instintivo, a veces algo rudo, pero era lo suficientemente poderoso para producir dos sistemas del comunismo utópico: en Francia el «icario», de Cabet, en Alemania el de Weitling. Socialismo significaba en 1847 un movimiento burgués; comunismo, un movimiento obrero. El socialismo, al menos en el continente, era respetable; el comunismo era justamente lo contrario. Y como nosotros teníamos ya entonces la muy firme opinión de que «la emancipación de los obreros tiene que ser obra de la misma clase obrera», no podíamos tener la menor duda acerca de cuál de los dos nombres elegir. Ni se nos ha ocurrido rechazarlo tampoco desde entonces.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!» Sólo unas pocas voces respondieron cuando lanzamos al mundo estas palabras, hace ya 42 años, en vísperas de la primera revolución parisina, en la que el proletariado surgió con reivindicaciones propias. Pero el 28 de septiembre de 1864 se unieron proletarios de la mayoría de países europeos occidentales en la Asociación Internacional de Trabajadores, de gloriosa memoria. Es cierto que la misma Internacional vivió sólo nueve años. Pero de que vive la eterna alianza de los trabajadores de todos los países, por ella fundada, y vive con más fuerza que nunca, de esto no hay mejor testimonio que precisamente el día de hoy. En efecto, hoy, cuando escribo estas líneas, el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas de ataque, por primera vez móviles bajo un *único* ejército,

bajo una *única* bandera y con un *único* objetivo inmediato: establecimiento legal de la jornada normal de trabajo de ocho horas, proclamada ya en el congreso de la Internacional, celebrado en Ginebra en 1866, y de nuevo en el congreso obrero de París, en 1889. Y el espectáculo del día de hoy abrirá a los capitalistas y terratenientes de todos los países los ojos mostrándoles que en esta fecha los proletarios de todos los países se hallan realmente unidos.

¡Ojalá estuviese Marx aún a mi lado para verlo con sus propios ojos!

Londres, 1 de mayo de 1890
F. Engels

Prefacio a la edición polaca de 1892[9]

El hecho de ser necesaria una nueva edición polaca del *Manifiesto Comunista* es motivo de diversas consideraciones.

En primer lugar, es curioso que el *Manifiesto* haya pasado a ser en los últimos tiempos, hasta cierto punto, como un termómetro del desarrollo de la gran industria en el continente europeo. En la medida en que se extiende la gran industria en un país, crece paralelamente entre sus trabajadores la demanda de ilustración acerca de la posición de la clase obrera frente a las clases poseedoras, se propaga entre ellos el movimiento socialis-

9. Traducción del texto original alemán.

ta y aumenta la demanda del *Manifiesto*. De manera que el número de ejemplares del *Manifiesto* difundidos en la lengua nacional de un país puede servir de medida bastante precisa, no sólo del estado del movimiento obrero, sino del grado de desarrollo de la gran industria en cada país.

Desde este punto de vista, la nueva edición polaca indica un nuevo y decidido progreso de la industria polaca. Y no hay duda alguna de que este progreso ha tenido lugar efectivamente desde que apareció la última edición, hace diez años. La Polonia rusa, la del Congreso[10], se ha convertido en el gran distrito industrial del imperio zarista. Mientras la gran industria rusa se halla dispersa a modo de esporas –un núcleo en el golfo de Finlandia, otro en el centro (Moscú y Vladímir), otro en el Mar Negro y en el Mar de Azov y otros más en diversos lugares–, la industria polaca está concentrada en un espacio relativamente pequeño y goza de las ventajas y desventajas derivadas de tal concentración. Las ventajas las reconocieron los fabricantes rusos competidores cuando exigieron aranceles frente a Polonia, a pesar de su ferviente deseo de convertir en rusos a los polacos. Las desventajas –para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso– se ven en la rápida difusión de ideas socialistas entre los obreros polacos y la creciente demanda del *Manifiesto*.

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, que adelanta al de la rusa, constituye, a la vez, una nueva

10. Engels se refiere al Congreso de Viena (1814-1815), en el que se decidió que parte de Polonia pasara a depender de Rusia.

prueba de la inquebrantable energía vital del pueblo polaco y una garantía del renacimiento nacional que está encarando. Ahora bien, el renacimiento de una fuerte Polonia independiente es un asunto que no sólo concierne a los polacos, sino a nosotros todos. Una sincera colaboración internacional de las naciones europeas sólo es posible si cada una de esas naciones es enteramente autónoma en su propia casa. La revolución de 1848, que tan sólo permitió realizar a los combatientes proletarios, bajo bandera proletaria, el trabajo de la burguesía, consiguió también, gracias a sus albaceas testamentarios, Luis Bonaparte y Bismarck, la independencia de Italia, Alemania y Hungría. Pero Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que estos tres países juntos, fue dejada a su suerte cuando sucumbió, en 1863, ante la potencia rusa, diez veces superior. La independencia de Polonia no ha sido capaz de defenderla ni conquistarla la nobleza; a la burguesía le es indiferente, al menos hoy. Y sin embargo, tal independencia es una necesidad para la colaboración armónica de las naciones europeas. Sólo puede ser conquistada por el joven proletariado polaco, y en sus manos está bien guardada. En efecto, los obreros de todo el resto de Europa necesitan esa independencia tanto como los propios obreros polacos.

Londres, 10 de febrero de 1892
F. Engels

Prefacio a la edición italiana de 1893[11]

La publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* casi coincidió con el 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y Berlín, en que, desde el centro del continente, por un lado, y del Mediterráneo, por otro, se levantaron dos naciones que, debido a su fragmentación territorial y sus litigios internos, se hallaban debilitadas hasta entonces y, a consecuencia de ello, caídas bajo dominio extranjero. Mientras Italia estaba sometida al emperador austríaco, tenía que soportar Alemania, aunque no tan directamente, el yugo no menos ominoso del zar de todas las Rusias. Los efectos del 18 de marzo de 1848 libraron a Italia y Alemania de esta ignominia. Si las dos grandes naciones renacieron en el periodo de 1848 a 1871 y en cierto sentido se recuperaron a sí mismas, ello sucedió, según afirmaba Marx, porque los mismos que aplastaron la revolución de 1848 se convirtieron después, contra su voluntad, en sus albaceas testamentarios.

La revolución era entonces, en todas partes, obra de la clase obrera; ésta era la que levantaba las barricadas y ponía en juego su vida. Sólo los obreros de París se proponían firmemente, cuando derribaron el gobierno, derrocar el régimen burgués. Sin embargo, por muy conscientes que fuesen del inevitable antagonismo existente entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelec-

11. El original está redactado por Engels en francés. Traducción de la versión alemana de MEW.

tual de las masas obreras francesas habían alcanzado el grado que hubiese hecho posible una transformación de la sociedad. De ahí que los frutos de la revolución fuesen a parar, a fin de cuentas, a manos de la clase capitalista. En los otros países, en Italia, Alemania, Austria, Hungría, no hicieron otra cosa los obreros, desde el principio, que elevar al poder a la burguesía. Pero en ningún país es posible el dominio de la burguesía sin independencia nacional. Por eso debía la revolución de 1848 conllevar la unidad e independencia de aquellas naciones que carecían de ellas hasta entonces: Italia, Alemania, Hungría; Polonia seguirá en su momento.

Si la revolución de 1848 no fue, pues, una revolución socialista, sí allanó a ésta el camino, le preparó el terreno. Con el desarrollo de la gran industria en todos los países, el gobierno burgués ha hecho surgir por doquier, en los últimos 45 años, un proletariado numeroso, firmemente estructurado y fuerte, ha producido, empleando una expresión del *Manifiesto,* a sus propios enterradores. Sin restauración de la independencia y unidad de cada una de las naciones europeas no se habría podido llevar a cabo ni la unión internacional del proletariado ni una colaboración serena, razonable, de esas naciones para conseguir objetivos comunes. ¡Imagínese por un momento una actuación internacional común de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos, rusos, bajo las condiciones políticas de la época anterior a 1848!

Las batallas de 1848 no fueron, pues, vanas, ni vanos han sido los 45 años que nos separan de aquella

etapa revolucionaria. Los frutos están madurando, y tan sólo quisiera que la publicación de esta traducción italiana del *Manifiesto* fuera un buen augurio de la victoria del proletariado italiano, como lo fue de la revolución internacional la publicación del original.

El *Manifiesto* hace justicia, plenamente, al papel revolucionario que el capitalismo ha desempeñado en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. El fin de la Edad Media feudal y el comienzo de la moderna era capitalista están caracterizados por una gran figura, por el italiano Dante, que fue, a la vez, el último poeta de la Edad Media y el primero de la Edad Moderna. Hoy comienza, como en torno a 1300, una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia al nuevo Dante que anuncie la hora de nacimiento de la era proletaria?

Londres, febrero de 1893
Friedrich Engels

[illegible] 10 [illegible]
[illegible] zu theilen.

[illegible]

Única página manuscrita conservada del borrador del *Manifiesto del Partido Comunista*[1]

[Manuscrito de la Sra. Marx][2]
Proletarios a favor del proyecto de las 10 horas, sin compartir sus ilusiones acerca de los resultados de esta medida.

[Manuscrito de Marx]
Hemos visto, además:

Los comunistas no plantean ninguna nueva teoría de la propiedad privada. No hacen más que expresar el hecho histórico de que las relaciones <de producción y> burguesas de producción y, en consecuencia, las de propiedad <y> <des> <determinado> no <se adecuan> ya al <des> <social> desarrollo de las fuerzas productivas so-

1. El texto manuscrito, cuyas dos primeras líneas son de Jenny von Westphalen, la mujer de Marx, es de diciembre de 1847 o enero de 1848.
2. Para la interpretación de los signos, véase p. 33.

ciales y por ello <En el desarrollo de la misma industria> y en l.

¡Pero no discutáis con nosotros <oponiendo> midiendo la abolición de la propiedad burguesa con el rasero de vuestras ideas burguesas de libertad, educación, etc.! ¡Vuestras propias ideas <lo son> <product> <son> <corresponden> son producto de las <existentes> relaciones burguesas de producción y de propiedad, al igual que vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley. <Una> Una voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

<Vuestra> La interesada representación <que> de convertir vuestras relaciones <burguesas> de producción y de propiedad de fuerzas productivas históricas <y sólo> pasajeras, correspondientes a un determinado <madurez de las> grado de desarrollo de las <correspondientes fuerzas> fuerzas productivas, en leyes eternas de la naturaleza y de la razón, la compartís con todas las clases dominantes fenecidas.

Lo que vosotros entendéis por propiedad feudal no lo entendéis ya cuando se trata de la propiedad burguesa.

Y, sin embargo, no podéis negar el hecho de que <con el curso de la burguesa>, con el proceso de desarrollo de la industria, el parcial sobre

Los comunistas no plantean una nueva teoría de la propiedad. Expresan un hecho. Vosotros negáis los hechos más palpables. Tenéis que negarlos. Sois utopistas vueltos hacia atrás.

Glosario

BURGUESÍA, BURGUÉS. La clase burguesa es, en el vocabulario de Marx y Engels, la clase hegemónica del capitalismo, la que posee los medios de producción (talleres o fábricas, máquinas, materias primas o elaboradas sobre las que se ejerce el trabajo), posesión que le permite explotar trabajo ajeno y, gracias a ello, dominar en todos los terrenos: económico, político, cultural, etc.

CABET, ÉTIENNE (1788-1856). Comunista utópico francés, autor de *Le voyage en Icarie (El viaje a Icaria)*. Intentó en América poner en práctica su proyecto comunista, que se saldó con un gran fracaso, como tantos otros experimentos de socialistas utópicos. Cabet, que emigró por algún tiempo a Inglaterra, aprendió de Owen a unir la reclamación de igualdad política con la de igualdad social. A diferencia de Weitling, rechazaba cualquier método violento para llegar al comunismo.

CLASE. El concepto de clase no es definido por Marx en ningún lugar. A pesar de ello, este concepto ocupa en el *Manifiesto* una posición central, lo que permite entender el sentido en que está usado en el texto. La clase va ligada a la posición económico-social de los individuos y es histórica, no permanente: hay clases de épocas históricas ya pasadas que no existen hoy, y hay clases propias de una sociedad determinada que no existen en otra. En el *Manifiesto* observa Marx un movimiento histórico, el de la

moderna sociedad industrial, en virtud del cual las clases tienden a polarizarse en dos: burguesía y proletariado. La burguesía es la clase dominante tras haber desplazado a la nobleza y al clero. Frente a la burguesía, que pretende conservar su dominio, surge el obrero moderno, el proletario, que aspira a cambiar la sociedad, a llegar a una sociedad sin clases.

COMUNISMO. Engels explica en el prefacio a la edición inglesa de 1888 por qué Marx y él preferían la palabra «comunista», y no «socialista», para dar título al *Manifiesto*. «Comunismo» va ligado a «comunidad» y, por contraposición, a «propiedad privada». En el propio *Manifiesto* se dice (pp. 69-70) que la propiedad que el comunismo quiere abolir no es la obtenida mediante el trabajo personal, sino la propiedad burguesa, la que puede explotar trabajo ajeno. Ni en el *Manifiesto* ni en ningún otro lugar describieron Marx y Engels la sociedad comunista al detalle, tal como lo hacían los socialistas utópicos. Lo que ambos plantean se refiere más bien a los presupuestos para llegar a tal sociedad, el primero de los cuales es la supresión de las clases.

FURIERISMO, FURIERISTA. El socialista utópico francés Charles Fourier (1772-1837) escribió varias obras que obtuvieron gran difusión en Europa. Para el caso de España véase Antonio Elorza: *El furierismo en España,* Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975. Para solucionar la «cuestión social» proponía Fourier los falansterios, instituciones que organizarían el trabajo conforme a un modelo armónico en el que se trabajaría voluntariamente porque la faena sería agradable, atractiva y creadora, un tema (el del trabajo creador) que retoma Marx en su tratamiento del trabajo alienado.

JOVEN INGLATERRA. Organización inglesa en la que participaron literatos y políticos del partido conservador *(tory)* como Disraeli, Borthwick, Manners y Ashley (luego lord Shaftesbury). Su actividad, desarrollada en la década de 1840, iba dirigida contra la burguesía industrial y pretendía volver a la Inglaterra del feudalismo, restaurando el poder de la vieja aristocracia. El verdadero canto a la burguesía como autora de grandes innovaciones políticas, sociales y económicas (canto bien perceptible en el capítulo I del *Manifiesto)* debe mucho al desprecio que tanto Marx como Engels sentían por cuanto oliera a nostalgia de los tiempos de la aristocracia y el feudalismo, desprecio que se observa en sus alusiones a tradicionalistas como De Bonald o a es-

critores como Chateaubriand o el último Carlyle. Engels elogia, en cambio, a Quintana y traduce del español su «Oda a la imprenta».

LASSALLE, LASSALLEANOS. Ferdinand Lassalle (1824-1864) tuvo muchos seguidores entre los primeros internacionalistas alemanes y en el socialismo alemán en general. Aunque Lassalle se proclamaba admirador de Marx, se diferenciaba de él radicalmente al considerar la actitud que debía adoptar el movimiento obrero con el estado prusiano. Lassalle pedía protección de ese estado para los obreros; Marx exigía que los obreros lo derribaran por autoritario y antidemocrático. En su obra económica posterior al *Manifiesto,* Marx ahondará su diferencia con Lassalle acerca de la llamada «ley férrea de los salarios», defendida por éste. Esta ley afirmaba que los salarios no podían subir por encima del mínimo requerido para la subsistencia del obrero. En *El capital* Marx rechaza claramente esta ley, que en el *Manifiesto* parece, en cambio, estar afirmada. En España tuvo bastante difusión la «ley férrea de los salarios» a través de la influencia del socialista francés Jules Guesde (1845-1922), por el que sentía especial simpatía Pablo Iglesias, tipógrafo que fue el principal organizador político del PSOE en sus primeros tiempos y que dirigió, durante muchos años, su órgano oficial *El Socialista*.

MANUFACTURA. Literalmente significa «hacer a mano». Desde un punto de vista histórico, como lo emplea Marx, significa la concentración de distintos oficios en un mismo lugar, lo que permitía aumentar la producción y reducir gastos. Gracias a esta concentración, se organiza una producción en la que los trabajadores se especializan o, dicho de otra forma, aumenta la división del trabajo. En lugar de elaborar cada uno el producto entero (zapatos, por ejemplo) en todas sus fases, como hacía el artesano independiente, elabora sólo una fase o parte del producto. A finales del siglo XVIII, la manufactura da paso a la máquina, originándose lo que llamamos revolución industrial.

OWEN, OWENISTAS. Como el francés Fourier, el inglés Robert Owen (1771-1858) es uno de los socialistas utópicos admirados por Marx y Engels, aunque ambos lo rechacen justamente por el carácter utópico de su socialismo. Engels colaboró incluso en su periódico *The New Moral World*. Owen pensaba que los males del capitalismo desaparecerían aumentando la instrucción

de los obreros. Entre los socialistas utópicos (Fourier, Owen, Cabet, Saint-Simon...), es probablemente Owen el que más influye en Marx, debido a que el pensador inglés entendió el mundo fabril como fase histórica que daría lugar a una nueva era. Owen se declaraba materialista, con lo que su comunismo reunía varios ingredientes que le aproximaban a Marx y Engels.

PROUDHON, PROUDHONISMO. Pierre Joseph Proudhon (1809-1865) es el socialista francés con más arraigo en su país. Marx lo criticó sin piedad en *Miseria de la filosofía* (1847), libro en el que le acusa de defender al pequeño burgués, de no entender el movimiento proletario surgido de la revolución industrial y de propugnar un socialismo en el que todos sean propietarios, en lugar de concebirlo como teoría encaminada a abolir la propiedad burguesa. El mismo Proudhon era artesano, como Weitling, otro utópico ferozmente combatido por Marx. Proudhon es el típico defensor del artesano, del trabajador independiente, lo que explica seguramente su arraigo en el anarquismo. Entre los anarquistas españoles llegó a ser uno de los autores más populares, cosa que se debió, sin duda, a su defensa de la comunidad municipal y a la lectura que aquí tuvo como federalista.

PROLETARIO. Equivale a obrero. El obrero del que habla Marx como asalariado del moderno capitalismo es el que carece de medios de producción y no cuenta para vivir más que con su fuerza de trabajo (concepto que no aparece todavía en el *Manifiesto).* En *El capital* lo llama «obrero libre», ya que, a diferencia del esclavo o del siervo, puede vender su fuerza de trabajo, puede firmar un contrato y, además, añade Marx irónicamente, está libre de cualquier otra posesión.

WEITLING. Wilhelm Weitling (1808-1871) era sastre de profesión. Fue miembro de la Liga de los Justos. Su obra principal es *Garantien der Harmonie und Freiheit (Garantías de la armonía y de la libertad),* libro que Heine calificó de «catecismo de los comunistas alemanes». Para Weitling, el comunismo no podía llegar sino como producto de la violencia, y los combatientes más adecuados para traerlo eran los desarrapados *(Lumpenproletariat)* y los piratas[1]. Atribuía gran importancia al sentimiento re-

1. Cuando Marx habla negativamente del proletariado de harapos como fuerza revolucionaria está aludiendo sin duda a esta idea de Weitling.

ligioso: Cristo era el precursor del comunismo. Para Weitling, antítesis del teórico Marx, lo que hacía falta para construir el comunismo era tomar el evangelio en una mano y el fusil en la otra. No hacía falta la teoría, el conocimiento y la publicidad[2], sino el valor, el espíritu de sacrificio y la voluntad revolucionaria.

Sobre el origen de palabras como «comunismo», «socialismo», «burguesía», «proletariado» y sobre la evolución de su significado existe abundante bibliografía. Desarrollar por extenso este tema exige un análisis histórico-lingüístico que no es pertinente aquí. Para el ámbito francés, alemán e inglés es útil el estudio de Jacques Grandjonc: *Communisme/Kommunismus/Communism*. Trier, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, 1989, 2 vols. No conozco ningún libro parecido para el ámbito de lengua española, aunque indudablemente el vocabulario español va muy ligado al que analiza Grandjonc.

2. La publicidad es otro elemento clave de la marxiana idea del comunismo. Marx nunca aceptó el secretismo ni las formas o métodos conspirativos.

Índice onomástico